

III CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2010

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Emilio Linares Garriga



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General

© Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

Con la colaboración de la Fundación Antena 3

© De los textos:
Los autores.

© De las ilustraciones:
Los autores.

© Del CD:
Grabación, edición y música original cabecera:
Jesús López Mondejar

Microfonía:

Andrés Meseguer

Voces de narración:

Pilar Carrasco Lluch, Pedro J. García Gambín, Jesús López Mondejar, Roberto Pujol Sáez,
Raquel Pulido Gómez, David Miñarro Motos, Maite Aroca Montoro, Jose Emilio Linares
Garriga, Luisa Aguayo Giménez, Manuel Cutillas Torá, Jose Carlos Vicente López, Anto-
nio Campos Cánovas, Juan Francisco Bolarín Martínez

1ª Edición, Abril 2010

ISBN: 978-84-693-0607-9

Depósito Legal: MU-639-2010

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: FG Graf, S.L.
fggraf@gmail.com

Índice

Prólogo	7
CATEGORÍA A	
El cangrejo Fernando	13
Fernando Apolinar Rodríguez. Ilustración: Pura Villar Martínez	
El pez con mala suerte	17
Alejandro Quiñones Seco. Ilustración: Eva Jiménez Mauricio	
Paula y la sirenita	21
Paula García Fernández. Ilustración: Nanen García-Contreras	
El delfín	25
Ronny A. Simaluiza Quichimbo . Ilustración: Mercedes González Peregrina	
CATEGORÍA B	
El mar, ese gran desconocido.....	31
Pedro José Santana Saavedra. Ilustración: Elena Sol	
A la luz del viejo faro.....	35
M ^a del Mar Carracedo Robelo. Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
El monstruo espejo	45
Hugo Andrés Pariente. Ilustración: David Miñarro Motos	
Fenómenos extraños en el mar.....	49
Carmen Azucena Castaño Sánchez. Ilustración: Belén Allepuz Ros	
El tesoro del marino Telesforo	57
Anne de Foucault Nogués. Ilustración: Antonio Moreno Rodríguez	
Risaldo.....	61
Fernanda Yajaira Verduga Andrade. Ilustración: Roberto Espín Gallego	
La princesa del mar.....	65
Fernanda Abigail Carrera Vargas. Ilustración: Eva Belén Barranco García	

CATEGORÍA C

Azul oscuro casi negro	73
Julia Peña Martínez. Ilustración: Ana del Mar López Núñez	
Nueva Vida	81
Miguel Rivas Chéliz. Ilustración: M ^a Isabel Hernández Contreras	
Aguas Profundas	85
Patricia Gómez Lanzaco. Ilustración: Andrés Moreno Ferrer	
El viejo junto al mar	93
Georgina Cortés Rufé. Ilustración: Miriam Campillo Torres	
Una enfermedad como el mar	101
Irene Cristóbal Barrio. Ilustración: Juan Fran Martínez Martínez	
Sonríe...Llorar es demasiado fácil	105
Sandra Bellón Villanueva. Ilustración: Carlos Ventura Rabadán Delmás	
Recóndito	109
Eduard Oliver i Piqué. Ilustración: Juan Antonio Morales García	
La vida en el profundo mar	117
Débora Acosta González. Ilustración: Laura Cerdán	
Mar de Amor	125
Judith García Alonso. Ilustración: Chelo García-Contreras Martínez	
El director del hospital	135
Luis Arturo Álvarez Guerra. Ilustración: Ana López Giménez	
El secreto del atún	139
Juan Bautista Correas. Ilustración: Carmen Osete Henarejos	
Qué es el mar	143
Vanesa Rodríguez García. Ilustración: Eva Pollato Aledo	
Quiero salir con mis amigos	151
Marta Araujo Lorenzo. Ilustración: Diana Escribano Henarejos	
La emigración.....	157
Rajae Mali. Ilustración: Aurora Marsilla Quesada	
Medicina alternativa	161
Donna Perla Salama Salama. Ilustración: M ^a Jose Muñoz Revuelta	

Prólogo

Nace una nueva edición de narraciones que corresponden a la edición del III Certamen Nacional de relatos “En mi verso soy libre”, organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo a través de la Dirección General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario de nuestro país. Gracias a este proyecto, consolidado, puedes leer unos relatos en los que se unen tanto la creatividad y la imaginación literarias de los jóvenes participantes, como todo un abanico de sentimientos y vivencias que dejan huella imborrable en el corazón de los lectores. Son relatos que emocionan, que divierten, que muestran la capacidad de crear mundos fantásticos donde habitan peces que hablan o que pierden las escamas, *sirenos* profundamente enamorados, corsarios del río Manzanares o piratas que se marean con las olas y a los que no les gusta robar. Pero también relatos íntimos, de desesperanza, de confesiones, de rebeldía, de recuerdos, de secretas historias familiares...

Se habla mucho del poder de la palabra, del poder terapéutico de la palabra. Aquí, sin duda, adquieren las palabras una dimensión aún más trascendente. Llegan a través de la imaginación de niños, de adolescentes, y de una circunstancia difícil, como es la estancia durante varios días en un hospital.

El Mar. Este año el tema seleccionado era el mar. La narrativa de todos los tiempos ha encontrado en el mar una fuente inagotable de inspiración. Desde los viajes de Ulises o los de Simbad; desde las aventuras de Marco Polo, del capitán Nemo, o de Robinson Crusoe, el mar nos muestra siempre las aspiraciones y las limitaciones humanas... Todo viaje a través del mar está plagado de aventuras: basta pensar en Julio Verne, Jack London, Joseph Conrad, Emilio Salgari, Ernest Hemingway, Herman Melville, Robert Louis Stevenson, Edgar Allan Poe, Pío Baroja, Pérez Reverte... Hay que añadir a esta larga lista los nombres de los jóvenes escritores que han participado en este certamen.

Está compuesto por 26 relatos que han permitido expresar las emociones de estos niños y niñas a través de la escritura y que han sido seleccionados por un jurado compuesto por expertos en literatura infantil, profesores de Aulas Hospitalarias y representantes de la Consejería de Educación, Formación y Empleo de la región de Murcia, de entre 132 relatos presentados en esta edición.

Este libro se ve enriquecido por la galería de ilustraciones, que cada autor aporta con su desinteresada visión de los correspondientes relatos y que contribuye a que sea una obra de arte. Es algo más que un libro. Se trata de un conjunto de emociones, sensaciones, alegrías, dudas, vivencias y esperanzas de sus autores y autoras, todos ellos con un denominador común: el encontrarse en una situación de enfermedad en el momento de realizarlo.

Su lectura nos va a emocionar, seguro. Nos va a emocionar porque detrás de estos relatos hay unos niños y niñas que han querido compartir su creatividad y sus emociones con niños y niñas que están pasando por su misma situación y a los cuales trasladan su esperanza y su ilusión con sus mismas palabras, las de otro niño o niña.

Deseo disfrutes con su lectura. Recuerda que seguro que supone a cada uno de ellos una sonrisa al saber que lo estás leyendo.

Carlos Gallego Romero

Director General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa

En Murcia, a 4 de marzo de 2010, bajo la presidencia de Doña Raquel Pulido Gómez, se reunió el Jurado correspondiente al **III Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”** formado por:

Dña Pilar Carrasco Lluch

Dña. Ana M. Ferrer Mendoza

Dña. Aurora Gil Bohórquez

Dña. Rocío Lineros Quintero

Dña. Marisa López Soria

D. Angel Peñalver Martínez

El fallo de dicho Jurado concedió los premios de la presente edición a:

Premio Categoría A:

Fernando Apolinar Rodriguez, por “El cangrejo Fernando”

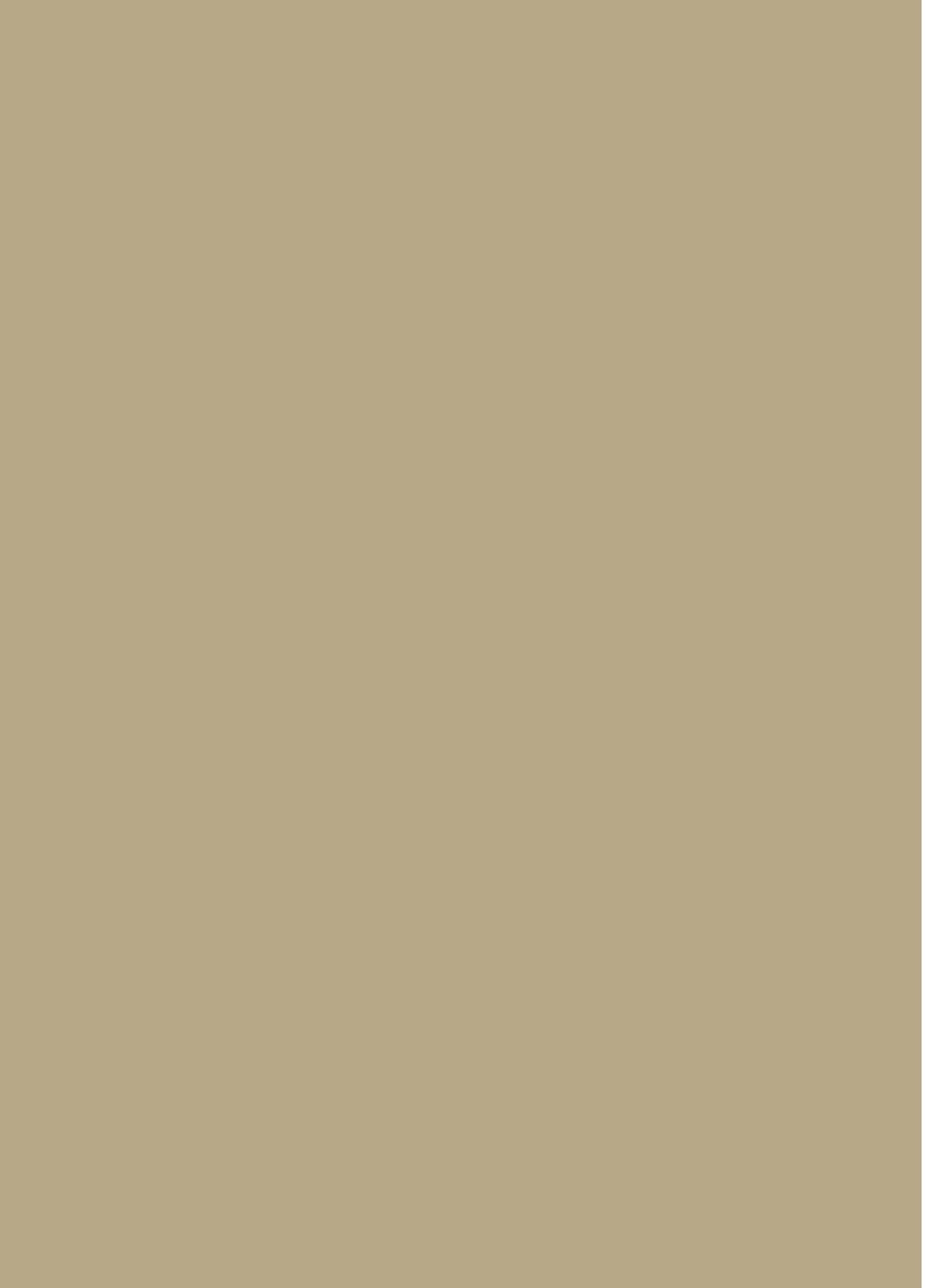
Premio Categoría B:

Pedro José Santana Saavedra, por “El Mar ese gran desconocido”

Premio Categoría C:

Julia Peñas Martínez, por “Azul oscuro, casi negro”

CATEGORÍA A



GANADOR CATEGORÍA A

El cangrejo Fernando

Fernando Apolinar Rodriguez. 8 años

Aula Hospitalaria de Ourense (Ourense)

Había una vez un cangrejo que se llamaba Fernando. Como siempre andaba del revés, un día no vio una estrella de mar y se chocó con ella.

La pobre estrella se rompió una pata y, el cangrejo, una pinza.

Por allí pasó el delfín Gustavo y llamó a la ambulancia.

Después de estar unos días en el hospital marino, Fernando aprendió que siempre hay que mirar por donde se anda.



Ilustración: Pura Villar Martínez

Un pez con mala suerte

Alejandro Quiñones Seco. 9 años

Aulas Hospitalarias Hospital General Universitario de Móstoles

Érase una vez el fondo del océano, donde vivían tres peces pequeños que se fueron de excursión con sus padres, y, como eran tan traviosos, se separaron y se fueron a correr aventuras por las cuevas marinas.

Buscando la boca de la cueva, se encontraron con un monstruo marino que tenía cara de pez, oreja de payaso y tres ojos repugnantes. El monstruo además tenía un cuerpo gigante y piernas diminutas. Al verlo se quedaron tiesos.

Angélica dijo: “¡Qué susto, estoy chorreando! ¡Madre mía!”

Sergio dijo: “¡Ma, ma, ma, mía!”

Y Alejandro agregó: “¡No me asusta este bicharraco!”

Angélica lo distrajo y los dos chicos pasaron a la cueva. Al entrar Alejandro se pinchó con un ancla. Pidieron ayuda. Justo en ese momento pasaba la ambulancia acuática por la puerta y se lo llevaron al hospital marino. Pasó rápidamente a consulta porque se encontró con una amiga de su madre que le preguntó:

- ¿Qué haces aquí?

Alejandro le respondió:

- Me he pinchado. Pero no se lo digas a mi madre.

- ¿Por qué?- le preguntó la amiga.

- Porque prefiero decírselo yo- contestó Alejandro.

Más tarde Alejandro salió de consulta y se fue a su casa.

- ¡Mamá ya estoy aquí!- exclamó según entró por la puerta.

- ¿Dónde te habías metido?- le preguntó su madre, que levantó la vista y vio la aleta vendada- ¿Qué te ha pasado en la aleta?

- Un rasguñito, no te preocupes- la tranquilizó Alejandro.

Su madre le dio un beso y él le contó todo lo ocurrido. Fueron felices para siempre.



Eva J. Maurício

Ilustración: Eva Jiménez Mauricio

Paula y la sirenita

Paula García Fernández. 9 años

Aulas Hospitalarias Clínica Universitaria de Navarra

Un día, una niña llamada Paula fue a bañarse en la playa. Su madre le explicó que esa playa se llamaba “El Mar de Cristal”.

Paula llevaba un bañador color azul cielo y unas chanclas rojas (su color favorito). Llegaron a la orilla del mar y aquello era precioso, muy grande y parecía que tenía un color dorado.

A Paula le entraron unas ganas enormes de bañarse y comenzó a meterse, pero por más que andaba, el agua no pasaba de sus rodillas. “¡Qué poquita agua!”, pensó, pero tantas eran las ganas que tenía de darse un chapuzón que anduvo, anduvo y anduvo... y cuando miró hacia atrás se dio cuenta que la orilla estaba muy lejos y no sabía volver. Tampoco sabía dónde estaba su mamá y comenzó a llorar, pero nadie la escuchaba... y siguió andando sin saber a dónde llegaría.

Pasaron unas horas, y cuando ya anochecía, le pareció escuchar una vocecita que le hablaba. Miró fijamente y vio una figura muy extraña... ¡era una sirenita! Tenía una cara preciosa, su cola era de color plateado y tenía el pelo muy largo. Al principio le

dio un poquito de miedo acercarse, pero después se dio cuenta de que ella podría ayudarla. *La sirenita* le dio unas almejas y unas algas riquísimas para comer, después la cogió de la mano y la acompañó por el mar hasta llegar a la orilla.

Ya era de noche, así que buscaron una barquita varada en la arena y se echaron a dormir.

A la mañana siguiente, cuando Paula despertó, sólo encontró una silueta marcada en la arena. Ya no estaba su amiga *la sirenita*. Pronto llegaron sus papás y Paula se lo contó todo.

A pesar de vivir muy lejos a Paula le gustaba ir cada verano al Mar de Cristal a buscar a su amiga la sirenita.

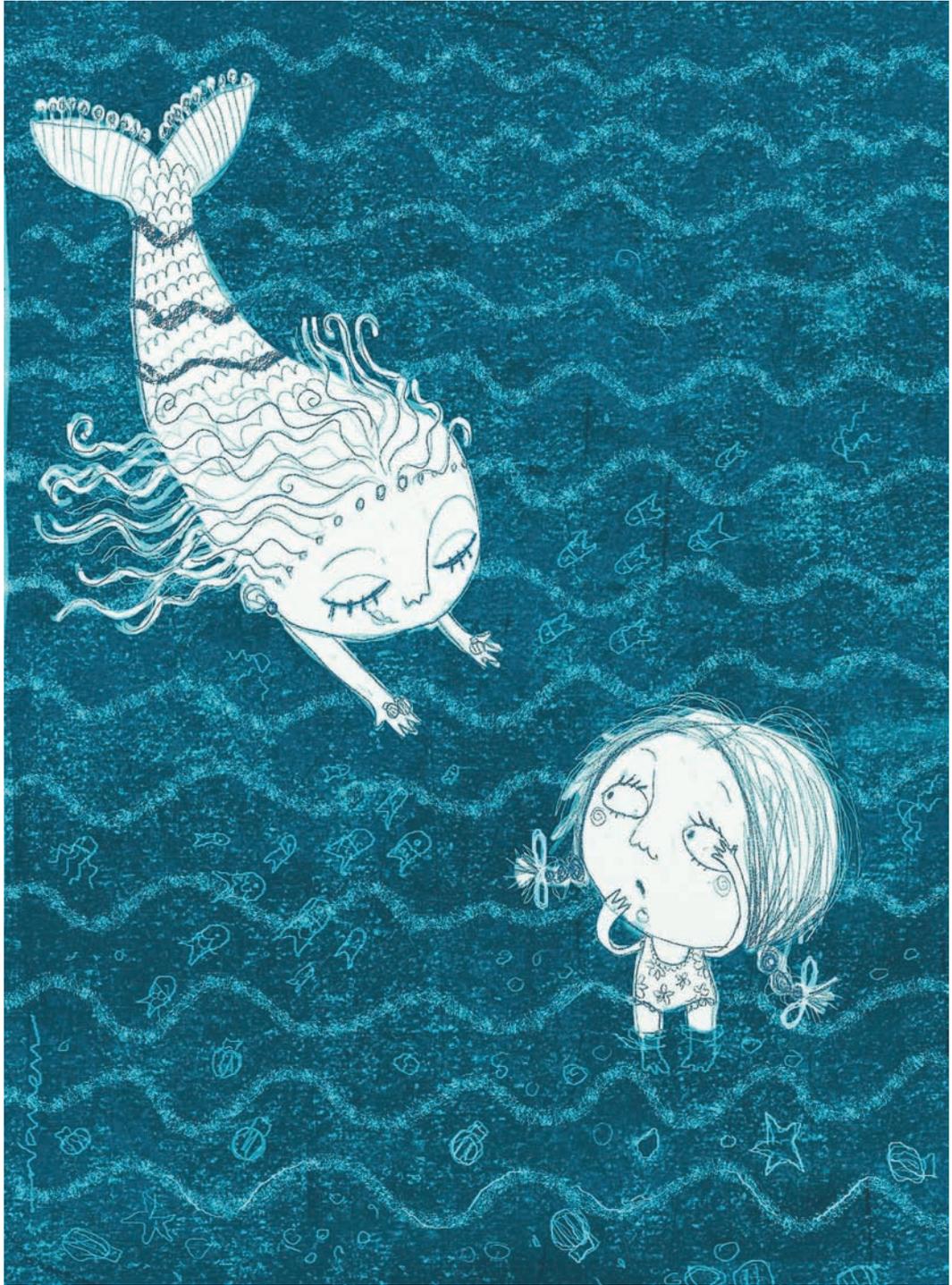


Ilustración: Nanan García-Contreras

El delfín

Ronny Andrés Simaluiza Quichimbo. 9 años

Aulas Hospitalarias Hospital Universitario "Virgen de la Arrixaca" de Murcia

Había una vez un delfín que se llamaba Blue. Tenía nueve años, le gustaba el mundo de los humanos, las cosas de nuestro mundo.

Un día vio algo que se movía. Él quería saber qué era lo que se movía. Era un barco atrapa -delfines y otros peces. Los del barco le vieron y querían pescarlo pero él era muy veloz y no lo lograron. Blue se perdió en el mar y se encontró con tres tiburones. Pensó que eran carnívoros pero eran vegetarianos.

Los tres tiburones le preguntaron:

-¿Qué es lo que haces por aquí?

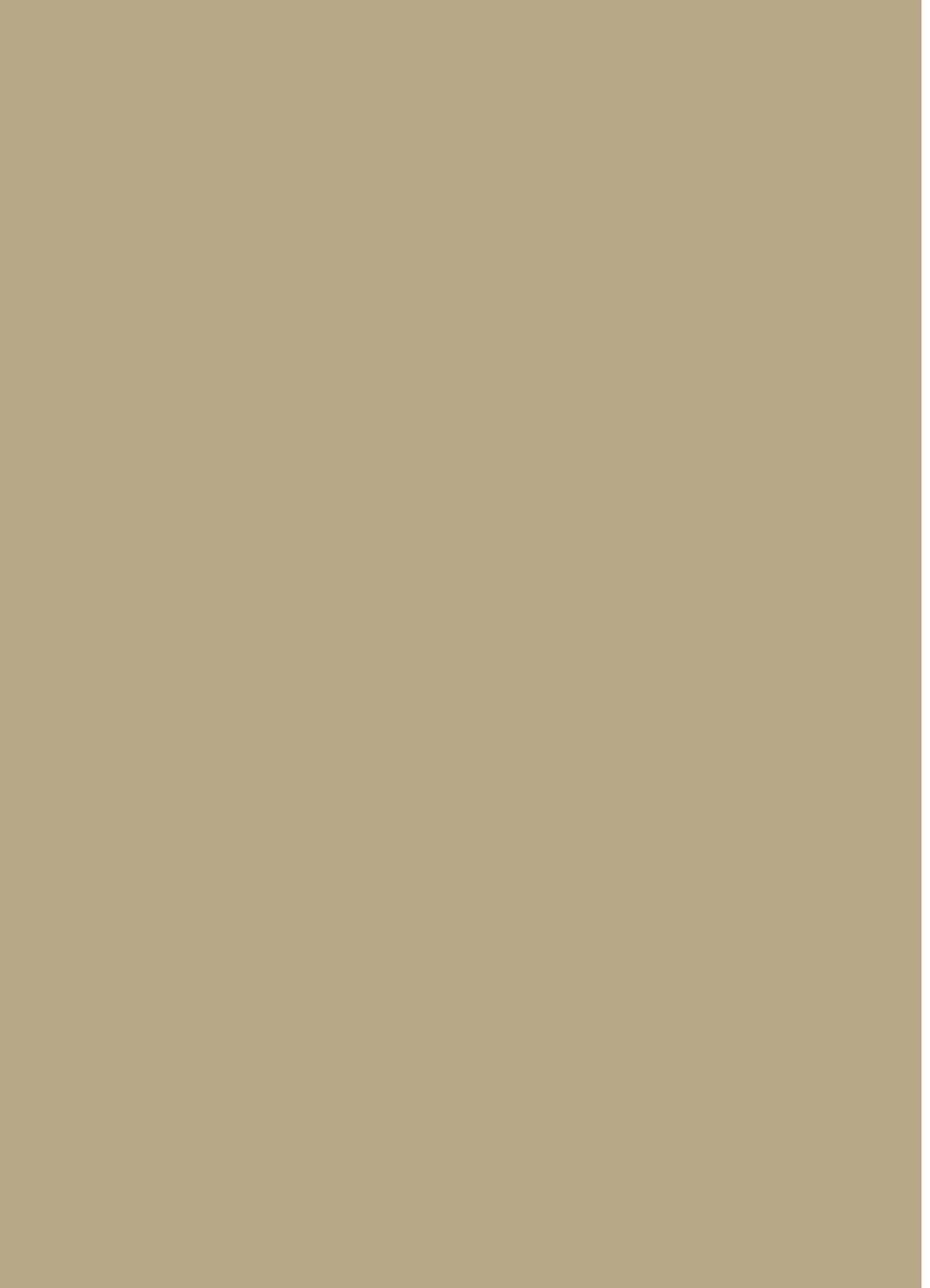
Él les contó que se había perdido y ellos decidieron ayudarlo y empezaron la búsqueda. Vieron la barca y Blue les advirtió que tuviesen cuidado. Los tiburones no le escucharon y fueron capturados. Se encontró con una manta raya que se llamaba Erik, que decidió ayudarlo. Encontraron a su padre que les dijo que habían capturado a su madre. Decidió ir a buscarla y el padre le dijo que no debía ir pero él no le hizo caso y nadó y nadó... hasta encontrar el acuario donde ella estaba. Se coló por la entrada secreta y

les dijo a todos que salieran. Todos se escaparon menos Blue. Un niño que le vio, entendió sus sentimientos y le ayudó a escapar.

Desde aquel día el delfín y el niño se ven al atardecer y juegan juntos con sus miradas y sus sonrisas.



CATEGORÍA B



El mar, ese gran desconocido

Pedro José Santana Saavedra. 14 años

Aulas Hospitalarias Complejo Hospitalario Insular Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

Érase una vez un pueblo muy pequeño y lejano adentrado en las montañas de las partes inferiores del planeta. Estaba gobernado por uno de sus habitantes, el hombre más viejo de todos ellos. Era un pueblo que ignoraba la existencia del mundo exterior y sus maravillas. Ellos sólo conocían su tierra, su cielo y cómo trabajar para comer y vivir. Eso era suficiente para una comunidad que no necesitaba respuestas porque no tenía preguntas.

Un buen día, a este pueblo ignorante llegó un hombre llamado Perico que consiguió desvelar la única incógnita que tenían: “¿cómo era el mar?”

Todos tenían sus historias y se las contaban al forastero antes de que él abriese la boca:

- Yo creo que el mar es un gran búfalo al que todo el mundo adora- decía uno.

- Calla, el mar es como el cielo pero se puede tocar- decía otro.

- No, yo pienso que el mar es un gran oasis sin fin y, cuando entras en él, ya no eres la misma persona- comentaba otro.

Todos querían dar su versión de cómo era el mar. El hombre los miraba asombrado y con ganas de desvelar sus dudas. Perico, cansado ya de escuchar tantos comentarios, se sentó en una piedra y dijo:

- Escuchad todos, el mar es un gran abismo de agua salada que cubre muchas partes de la tierra que pisamos. Esta agua cuando la miramos es azul, pero si la cogemos en las manos es transparente y escurridiza. Con sólo mirarla nos sentimos llenos de vida.

- ¿Sí?- replicó asombrado un habitante del pueblo.

- Pero esto no acaba aquí, siguió contando Perico- ¡En el mar hay vida!

- ¿Vida?- preguntó con mucha curiosidad otro de los habitantes del pueblo.

- ¡Sí!- exclamó Perico- Porque si pudiéramos contemplar el fondo del mar no veríamos solamente abismo sino que veríamos un impresionante paisaje como en la misma tierra, con montañas, valles y llanuras pero todo cubierto por miles de metros de agua.

En ese mismo instante, los pocos habitantes que en aquellas montañas estaban quedaron como hipnotizados oyendo semejante historia. Perico siguió contando todo lo que sabía del mar y les dijo: "lo más asombroso de todo es que hay vida en esas aguas: los peces, el tiburón, el calamar, el delfín, las ballenas y muchísimos más animales marinos". También les dijo que podría estar hablando del mar horas y horas y no terminaría nunca.

Bastaron unos pocos minutos para que aquellos hombres llenaran sus bolsas de víveres y ropa y salieran en busca del mar, ese gran desconocido.



Ilustración: Elena Sol

A la luz del viejo faro

M^a del Mar Carracedo Robelo. 13 años

Aulas Hospitalarias Hospital General Universitario "Gregorio Marañón" de Madrid

La fresca brisa marina me revolvió levemente el pelo, y yo, contemplando la inmensidad fiera y azul que se extendía ante mis pies, respiré profundamente el helado aire nocturno. Dejé que una espumosa ola acariciara mi pie descalzo, y miré a la luna que rielando y dejando unas bellas sombras de plata sobre el mar, bañaba todo mi cuerpo con su nívea luz mortecina.

La luna llena había incrementado el nivel de las mareas y el potente oleaje mecía la vieja y chirriante barca azul de mi padre.

Los intermitentes focos del faro iluminaban a breves ratos el oscuro océano y, con ese ambiente calmado, no pude evitar el cerrar los ojos durante unos segundos.

La noche se oscureció un momento, de modo que, al tener cerrados los párpados, supuse que la nebulosa bruma habría ocultado la luna. De pronto oí un leve chapoteo, y sobresaltándome, abrí los ojos deprisa. Nada... sólo el susurro del viento entre las verdes hojas y el rítmico beso de las olas en la arena... Cerré los ojos de nuevo, pero esta vez estaba alerta. De nuevo el ruido. Me giré

de golpe, nunca mejor dicho, pues con el ímpetu del brusco giro, perdí un poco el equilibrio y me golpeé con una piedra, rodando luego por la húmeda arena. Me reí de mí misma y de mi habitual torpeza, y, sacudiéndome el pantalón, miré de nuevo al lejano e inalcanzable horizonte. Algo frío y húmedo me agarró de pronto por los hombros, y, sin pensarlo un segundo me giré bruscamente al tiempo que le propinaba una fuerte patada a mi agresor en el pie.

-¡Eh, eh! -profirió el desconocido- soy yo, tranquila...

Me sonrojé de inmediato por el percance y desvié la mirada. Claro... debía de haber supuesto que, si quedaba allí con alguien, no era extraño que éste apareciera.

-Perdón, lo siento- susurré rehuendo la mirada de mi amigo- no sabía quién eras y... me asusté.

-Bueno, ¿qué?, ¿vamos?- me interrumpió.

-¿A dónde?- musité extrañada. La respuesta llegó rápidamente, cuando él, entregándome un saquito de tela azul atado cuidadosamente con una fina cinta verde, se lanzó al agua... Me reí, vacié el contenido de la bolsa y lo esparcí a mi alrededor ¿Qué animal podría ser hoy?

Sin pensármelo dos veces, (pues lo hice tres), me transformé en una pequeña faneca, y gracias a los efectos del polvo de luna, me lancé escurridiza entre las olas, seguida de cerca por una tortuga que se apresuró a guiar la marcha a través del oscuro mar, como tantas noches.

Un mundo subacuático e impredecible nos esperaba debajo de las fieras olas. El sonido del mar bravío se apaciguaba levemente dentro de él pero, al mismo tiempo, éste se volvía mágico y en-

volvente. Sentí el agua resbalar rápidamente por mis aletas. Bajo mi aspecto de faneca siempre me había gustado esa sensación.

Todas las criaturas marinas, a excepción de unos cuantos pecillos y sus respectivos depredadores nocturnos que seguían pululando por entre las aguas, se encontraban dormidas. Podía acariciar a un lenguado que descansaba plácidamente mimetizado en la arena, pues éste no se despertaría. Nuestro precipitado paso entre las algas despertó, sin embargo, la atención de un erizo de mar que se envaró tensando y levantando sus púas en señal de alarma, despertando a su vez a otra pequeña faneca que huyó rápidamente hacia unas profundas rocas pobladas de algas marrones y verdes.

Pese a la luna llena, que esparcía esa mortecina y suave luz en la noche, y la claridad de las tintineantes y lejanas estrellas, la fosforescencia del mar y de la arena refulgía debajo de mí. Disfruté de la sensación que produce ver brillar tu cuerpo bajo las olas y, al ver que me quedaba atrás, nadé un poco más rápido por entre las frías aguas para ponerme a la altura de mi compañero mientras seguía gozando de la leve fosforescencia de mis aletas.

-¿Se puede saber a dónde vamos, exactamente?- repetí por segunda vez aquella noche.

-Piensa... ¿cuándo fue la última vez que hubo mareas vivas, Laika?- me preguntó con un suspiro de paciencia.

-Pues en la última luna llena -respondí extrañada por la pregunta.

-¿Y cuándo fue la última luna llena, Laika?-dijo con otro suspiro como si fuera la cosa más obvia del mundo.

-Pues... hace... ¡menos de un mes! -de repente caí y me apresuré a añadir- ¡Hoy hay luna azul!

Debía haberlo supuesto, dado que llevaba esperando este peculiar fenómeno varias semanas. Me había olvidado por completo. Mi inseparable amigo, se rió de mi cara de sorpresa y desconcierto, y seguramente también de mi cantoso despiste.

-Luna azul...-repitió él hechizado simplemente por su mágico nombre.

Daba la casualidad de que ese día lucía una bella y esférica luna llena por segunda vez en aquel mes... Ese día se celebraba la reunión de los Guardianes de la Luna (como se hacían llamar ellos) y yo estaba invitada... por ser hija de uno de los guardianes (mi padre es el farero). Y ese día la luna azul, reponía el polvo de luna del océano, creando e iluminando la fosforescencia.

Pensé de pronto, que me encontraría a mi padre en la reunión. Eso me incomodó un poco y a la vez me extrañó ¿iba a dejar el faro solo esa noche?

En ese preciso momento, como si mi padre hubiera oído mis dudas, las intermitentes luces del faro se detuvieron en un punto en medio del mar, señalando el lugar de la reunión.

Mi amigo nadó más rápido en la dirección a la que apuntaba el fuerte haz de luz marcado en mitad del oscuro océano. Me apresuré a ponerme a su altura mientras despertaba sin querer a un pequeño grupo de sargos que dormitaban dejándose llevar por la corriente y flotando sin esfuerzo en las aguas. Observé de soslayo como se escondían desordenando su formación en las resbaladizas algas...

No tardamos mucho en llegar, localizando el lugar por las corrientes marinas y sobre todo por la intensa luz que pendía sobre el lugar. Llegamos a la vez que mi padre, que convertido en gaviota había venido volando.

El punto de reunión se encontraba en un pequeño claro iluminado por el foco de luz del faro. Una multitud de peces y otras especies marinas se congregaban en el claro ofreciendo una imagen un tanto desconcertante: cangrejos, pulpos, estrellas de mar, peces ballesta... todos juntos en el mismo lugar. Aunque, a decir verdad, tampoco eran animales reales, sólo tenían su aspecto. Eran los Guardianes de la Luna", que habían adoptado la apariencia de seres marinos para encontrarse allí esa noche. Más, a pesar de tal cantidad de animales variopintos que allí se encontraban, lo más extraño y peculiar se hallaba en el centro del claro, algo que, tras una fina capa de algas verdes, brillaba intensamente y con todo su esplendor en la medianoche.

Al haber luna azul, todas las partículas que le daban la fosforescencia al mar se habían reunido allí en una especie de masa compacta, para absorber los inusuales rayos de la luna azul y recargar de luz sus pequeños y brillantes cuerpos. Me acerqué junto con mi amigo para observar el fenómeno mejor, pero no llegué a hacerlo.

En ese momento se oyó un ruido. Un sonido, parecido a una especie de canto que emanaba de todas partes y de ninguna, pero que no se trataba del envolvente y tranquilizador susurro del mar, ni de cualquier otro sonido que se hubiera oído hasta el momento. Casi al instante un camarón movido por la fresca corriente marina se alertó gracias a sus finas antenas, salvándose así la vida, cuando huyó a refugiarse entre las rocas. De pronto una

enorme ballena apareció de improvisto, emitiendo esa extraña melodía y con su enorme boca abierta de par en par para poder coger la mayor cantidad de plancton posible.

La mala suerte, quiso que la masa de las diminutas partículas que absorbían la luz (como cada año en que sucedía ese fenómeno), fueran a parar al interior de la ballena, absorbidas junto con una cantidad innumerable de plancton.

Todo el claro fue preso de pronto de un enorme silencio, seguido después de un agudo grito y el desmayo del jefe de los Guardianes de la Luna.

Me acordé de pronto de la usual costumbre de mi padre de convertirse en un animal como el fitoplancton y mi pequeño corazón de pececillo dio un vuelco. Sin pensarlo me convertí también en plancton y me lancé al grito de "¡PAPÁAAAA!" al interior de la boca del enorme cetáceo, arrastrando también a mi inseparable compañero, que, sorprendido, dio un grito.

De pronto todo fue negro. Mediante una serie de discontinuos remolinos me sentí caer a través de la mastodóntica garganta del animal. Luego todo se calmó. Pensé asustada que podría encontrarme en el estómago de la ballena, y comprobé mis dudas al convertirme en un pez abisal e iluminar la zona con la luz que pendía sobre mi cabeza. Una enorme masa de vísceras se extendía ante mí. Oí el grito enfadado de mi amigo que me reprendía por mi impulsivo acto, pero yo, absorta en mis pensamientos ni siquiera lo escuchaba. Buscaba a mi padre. Miré detenidamente a cada uno de los plancton que había allí (que no eran muchos por suerte) y comprobé aliviada que no estaba mi padre entre ellos. De pronto fui consciente de mi extraño e impulsivo acto de estu-

pidez y me reprendí a mí misma ¡Había traído a mi mejor amigo al interior de una ballena!

Miré hacia todos los lados, buscándolo con la mirada, hasta que lo encontré, extrañamente calmado (pues ya se había desahogado conmigo pese a que yo no me había dado ni cuenta).

-Bueno, ya que estamos aquí deberíamos buscar la fosforescencia, ¿no? -dijo pensativo mi amigo. Tardé un poco en darme cuenta de a qué se refería. La fosforescencia también se había precipitado ballena abajo.

Dedicando una leve mirada de aprobación a mi compañero, ambos comenzamos a nadar en dirección a la oscuridad. Era imposible que se encontrara justo en el estómago, como nosotros, pues cuando abandoné mi aspecto de pez abisal (sólo para convertirme en una sardina) todo se volvió a sumir en la más profunda oscuridad. Atisé sin embargo un leve resplandor al fondo del todo, donde una irregular cavidad daba paso al intestino. Me lancé junto con mi amigo, que también debía de haberlo visto, hacia las oscuras profundidades de la ballena, precipitándonos de nuevo agujero abajo. Pronto llegamos de nuevo a otra cavidad donde se congregaban todas las partículas de fosforescencia. Respiré aliviada mientras cambiaba de forma a caballito de mar y procedía a guardarlo todo en la pequeña bolsa que había en mi abdomen. Era muy útil. Mi amigo no pudo hacer lo propio, dado que quisiera o no, él era macho y no poseía esa práctica bolsa que en un principio servía para fecundar los huevos. Mi vientre parecía el faro de mi padre, y mi amigo se echó a reír:

- ¡Parece que te has comido un lote de luciérnagas!- se carcajeó. Le dirigí una mirada incendiaria, pero él no amainó la risa.

Comencé, sin darle más importancia, mi ascenso a través del animal y pronto comprendí que sería demasiado complicado. Las constantes corrientes que provenían de arriba no hacían posible que subiera. Supe que no tenía otra opción. Dudaba que el "método Pinocho" funcionara, pero sabía que los órganos de la ballena no podrían digerir animales como los caballitos de mar, y que lo más probable era que nos expulsara por el espiráculo. Miré con cara de asco a mi amigo, pero él parecía decidido y divertido al mismo tiempo. Se lanzó hacia abajo y yo, muy a mi pesar, hice lo mismo.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí dentro, pero mi corazón se aceleró cuando vi una pequeña luz.

De pronto, acompañada de unos extraños ruidos y una materia viscosa (preferí no pensar lo que era) estuvimos fuera. A salvo. Fui recibida por los brazos de mi padre y nada más llegar a su encuentro me quedé agotada y profundamente dormida.

Me desperté con el graznido de las gaviotas y la leve luz del sol que se filtraba por la ventana y me encontré en mi cama, empapada.

Mi padre debía haberme llevado a casa, pero seguramente, por uno de sus frecuentes despistes, se le había olvidado secarme.

Me di la vuelta desperezándome y de pronto noté un bulto bajo mi almohada. Sonreí esperanzada al comprender lo que era: un pequeño saquito de tela azul atado cuidadosamente con una fina cinta verde. Contenía polvo de luna.

La aventura no había terminado.



Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

El monstruo espejo

Hugo Andrés Pariente . 9 años

Aulas Hospitalarias Hospital Universitario "Marqués de Valdecilla" de Santander

Érase una vez un monstruo marino que, cuando alguien lo miraba, veía lo que más asco le daba y el hombre se convertía en ello. El monstruo no era malo, sólo que él era así y no podía cambiar. Por ejemplo, una vez un hombre lo vio y, como lo que más asco le daba era una caca, se convirtió en ella. Un día un hombre fuerte, guapo y avaricioso lo vio y, como lo que más asco le daba era un viejecito, se convirtió en él.

Una noche el monstruo se aburría y se fue a una bahía cercana y vio a un pescador amable y gentil. Empezó a hablar y el pescador se asustó, pero no se fue. Él siguió preguntando:

- ¿Cómo te llamas?,

El pescador respondió:

- Me llamo Luis ¿y tú?

-Yo no tengo nombre- contestó el monstruo.

-¡Qué pena!- dijo el hombre -¿Pero cómo es que no puedo verte?

El monstruo contestó:

- Porque es de noche y estoy en el agua.

El hombre miró en el agua, pero no vio nada. Entonces el pescador dijo:

- No veo nada

Y el monstruo contestó:

- Mejor, porque si me vieras te convertirías en lo que más asco te da.

Entonces el monstruo y el pescador fueron quedando todas las noches para hablar, y se hicieron muy buenos amigos. El monstruo le proporcionaba peces y Luís le proporcionaba seguridad.

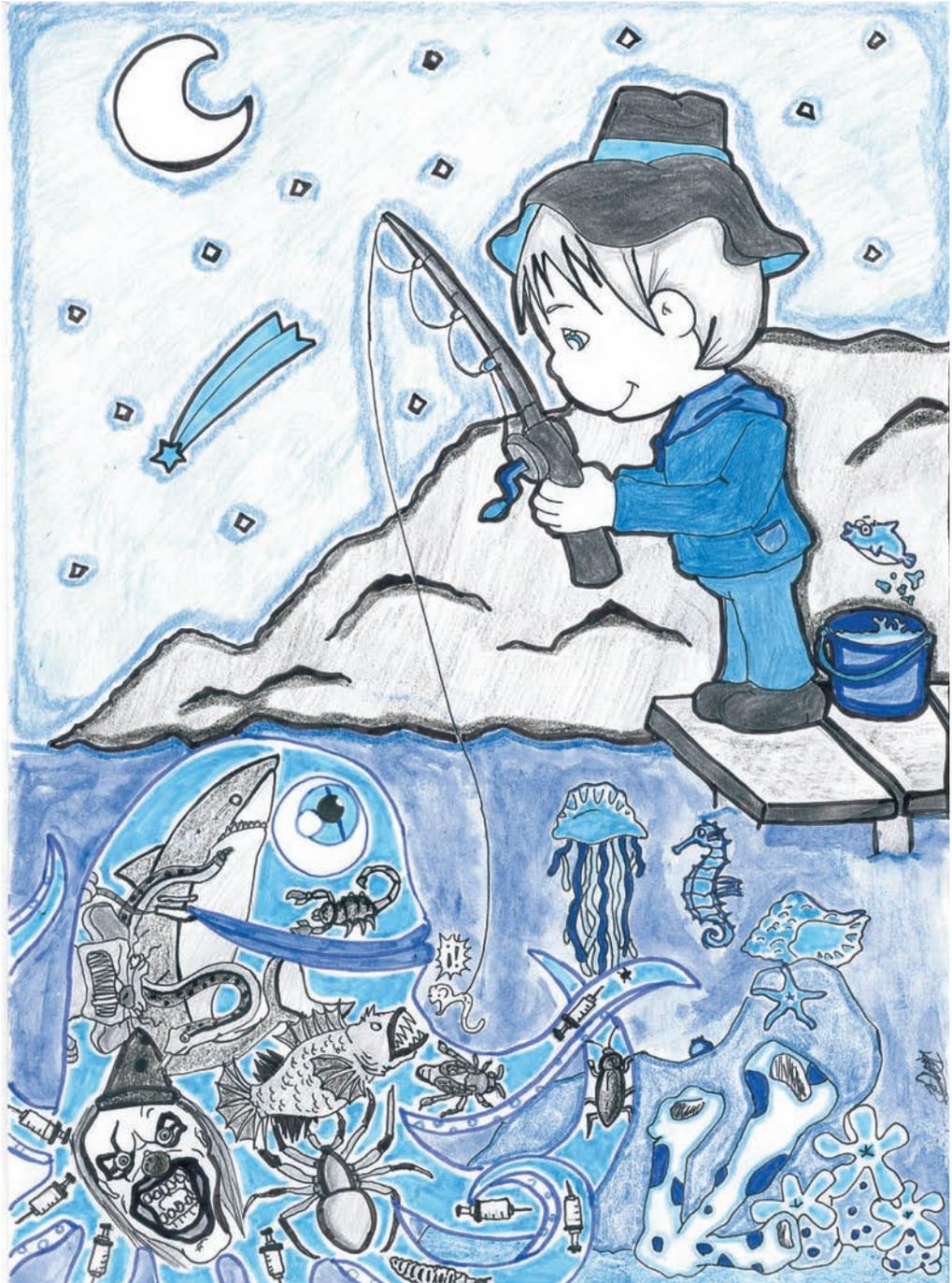


Ilustración: David Miñarro Motos

Fenómenos extraños en el mar

Carmen Azuzena Castaño Sánchez . 13 años

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario "Reina Sofía" de Murcia

En el año 2020, ocurrieron unos hechos extraños en el mar Cantábrico.

Cerca de la costa de un pueblecito de Cantabria, tres pescadores desaparecieron sin dejar rastro. Habían ido a pescar de noche, en una barca sencilla, con lo esencial. No se alejaron mucho de la costa. Sin embargo, al día siguiente no había un solo indicio de dónde podían estar.

Se abrió un equipo de búsqueda para intentar localizar a los tres pescadores, pero tras dos meses de profunda investigación, no encontraron nada. Los únicos que no desistieron en buscarlos fueron los hijos de dos de los pescadores. Jimena, de diecisiete años, era la hija de uno de ellos. Mateo, de dieciocho, e Ignacio, de diez, eran los hijos de otro. El tercer pescador no tenía descendencia.

Los tres estaban de acuerdo en que aquel fenómeno no era normal, por lo que una noche, decidieron adentrarse en el mar para saber qué fue en realidad lo que hizo que sus padres y el otro pescador desaparecieran.

Una vez allí, todo estaba en calma. Como si nunca hubiese pasado nada anormal en ese mar.

- Llevamos dos horas aquí, y es evidente que aquí todo está normal. Será mejor que regresemos, antes de que se haga más tarde –propuso Jimena.

Los dos hermanos estuvieron de acuerdo con ella. Mientras volvían a la costa, Ignacio se echó a un lado en la barca, para dormir un poco.

Pero fue en la orilla, cuando los dos adolescentes se llevaron el susto.

-Mateo, ¡tu hermano no está! –advirtió Jimena.

El chico miró hacia el lugar de la barca donde, supuestamente, tendría que estar su hermano. Entonces comprobó que lo que le decía su amiga era cierto.

Durante unos instantes se quedó sin nada que decir. Fue Jimena la que habló por los dos.

- ¡Teníamos razón! - bajó el tono de voz- Lo que está pasando en el mar es paranormal.

Y es que, días antes, habían expuesto algunas teorías sobre aquel fenómeno. La mayoría, parecían sacadas de una película de ciencia ficción. No obstante, eran las más lógicas para aquel fenómeno.

- Eso ya me lo imaginaba- reveló Mateo, intentando controlar el nerviosismo de su voz.

- Pero, ¿qué hacemos ahora? -ni siquiera ella misma supo si se refería a Ignacio, a los pescadores, o a los fenómenos extraños.

Mateo lo pensó durante un rato, tiempo en el que Jimena se dedicó a dar una vuelta por la zona, por si Ignacio se hallaba por allí escondido, queriendo gastar una broma. Pero esa posibilidad era muy escasa, ya que Ignacio no era así. Por eso, no tardó mucho en desistir y volver al lado de Mateo.

- Lo mejor que podemos hacer ahora es volver a casa, como si no hubiese pasado nada -sentenció el adolescente- mañana, que ya estaremos descansados, veremos qué hacer.

A Jimena no le gustó mucho el plan, pero, ¿qué otra cosa podían hacer? Se despidieron y cada uno volvió a su casa.

Gracias a que Mateo vivía solo con su hermano tras la desaparición de su padre, y a que eran vacaciones, nadie se dio cuenta de que Ignacio no se encontraba en el pueblo.

A primera hora del día siguiente, Mateo y Jimena se reunieron en la playa. Aquel verano estaba siendo frío, muy frío. Hacía un tiempo propio de febrero, todo por culpa del cambio climático en los últimos años. Por esta razón, no había nadie allí, salvo ellos.

- ¿Y bien? —preguntó Jimena nada más juntarse con él.

Se dio cuenta de que, a pesar del helor, Mateo llevaba una simple chaqueta vaquera de primavera, mientras que ella, llevaba chaquetón más bufanda. Era como si Mateo no notara el frío, pero en realidad sí lo notaba. La muestra de ello era que no cesaba de tiritar.

- Ya lo tengo todo pensado -dijo, con una sonrisa. Seguramente, se creía muy listo por haber pensado en un plan-. ¿Tienes traje de bucear?

La cara de Jimena cambió de estar impaciente por escuchar el plan, a estar horrorizada, por imaginarse el plan.

- ¿Pretendes que buceemos, con este tiempo y con lo helado que está el mar? - dijo, señalando al agua fría.

- Más o menos...sí -reconoció él.

Jimena entornó los ojos. La verdad, no quedaba otra opción.

- Está bien, voy a mi casa a ponérmelo y vengo.

Mateo hizo lo mismo y, como vivían cerca de la playa, en seguida estuvieron de vuelta otra vez.

- ¿Traes también la botella del oxígeno? —le preguntó a su amiga, al ver que no traía nada en las manos, al revés que él.

Jimena se dio la vuelta, para mostrarle la mochila que llevaba a su espalda.

- La llevo ahí -señaló.

- En ese caso, en marcha.

Cogieron la barca de Mateo, la misma que la de la noche anterior, encendieron el motor y se adentraron en el mar.

Cuando estaban a la misma distancia que el día anterior, Mateo se tiró al agua. Jimena no se atrevía. Estaba helada, y el viento que soplaba tampoco ayudaba mucho.

- No está tan fría. Además, en cuanto estés un rato, se te pasará el frío -mintió Mateo para tratar de convencerla.

No muy segura de ello, y con razón, Jimena se tiró al agua. Cuando lo hizo, pudo comprobar que Mateo no le había dicho la verdad. Pero no tuvo tiempo de recriminárselo, ya que el chico ya se había sumergido. Jimena lo imitó.

Mateo estaba a dos metros más abajo que ella. Él miró hacia arriba. Jimena aprovechó ese gesto para indicarle con las manos que volviera arriba. Mateo la obedeció. Una vez allí, los dos se quitaron la boquilla para hablar:

- Antes de ir ahí abajo -comenzó Jimena- ¿me podrías decir qué es exactamente lo que buscamos?

- Cualquier cosa rara o paranormal que pueda explicar las desapariciones: naves espaciales, ciudades submarinas, otro tipo de "gente"... -contestó Mateo, como si fuera evidente.

- Yo también estoy de acuerdo con que lo que pasa ahí es un hecho... de ciencia ficción, por decirlo de alguna manera -trató de explicarse-, pero no creo que si hay "algo" allí, se deje descubrir tan fácilmente. Y no es por ser pesimista, pero no quiero darte falsas esperanzas, tienes que saber que lo que yo creo que nos vamos a encontrar, si encontramos algo, es a nuestra gente... en un estado que no deseamos -no quería decir la palabra muerta.

A Mateo no le gustó nada lo que acababa de oír, por lo que, sin decir ni una palabra, se volvió a sumergir, dejando a Jimena detrás. Buceó diez metros abajo, de prisa, para olvidar lo oído. Él quería encontrar a su familia viva. No iba aceptar la otra opción. Pero estos pensamientos los aparcó cuando advirtió que Jimena no iba a su lado. Ni siquiera se había sumergido. "Estará en la barca, enfadada por irme sin contestarle", pensó el chico.

Volvió de nuevo arriba. Pero prefirió haberlo hecho antes. Jimena tampoco estaba. Lo primero que pensó es que había desaparecido; luego, tratando de calmarse, se le ocurrió que quizás le estaba gastando una broma pesada en respuesta a su comportamiento de antes, pero sabía que Jimena no malgastaba el tiempo en esas cosas, y menos cuando estaban buscando a sus seres queridos, por lo que volvió a la primera idea: había desaparecido. El chico se sentó en la barca, abrazándose las piernas, apoyando la barbilla en las rodillas. Se quedó un rato en esa posición, cuando se dio cuenta de que él también estaba en peligro de desaparecer. Rápidamente reaccionó y puso el motor en marcha, rumbo a la playa.

Por suerte no se habían alejado mucho, por lo que llegó pronto. Ya en tierra, y a salvo, suspiró.

Volvió a casa decaído, con él ánimo por los suelos. No sabía lo que había pasado. No se lo explicaba. Y si intentaba descubrirlo, él estaba en peligro de correr la misma suerte que los otros.

- Mateo, ¿Qué es esta nueva costumbre de irte de casa tan temprano? ¿Se puede saber dónde has estado?

Paró en seco. Era la voz de su padre. Fue corriendo al salón, de dónde venía la voz. Y lo comprobó. Era su padre, que leía tranquilamente un libro en el sofá. Por unos segundos no pudo cerrar la boca, cuando lo consiguió, preguntó:

- ¿Cuándo has venido? ¿Dónde has estado?

Su padre lo miró extrañado.

- Vine ayer para cenar, a la hora de siempre. Y en ese tiempo que has estado fuera, he estado aquí, si es a lo que te refieres.

- Pero...pero... ¿y tus amigos los otros pescadores?

Su padre sé encogió de hombros.

- Supongo que después de la pesca de ayer se irían a sus casas, como yo.

- ¿Dónde está Ignacio?

Su padre comenzó a mirarlo con preocupación.

- Está con Jimena, su niñera —resaltó la última palabra—. Eso no haría falta si su hermano: tú, se encargara de él, claro. Pero supongo que estás demasiado ocupado yéndote a las ocho de la mañana.

Ninguna respuesta tenía sentido con lo que había pasado en ese tiempo. Entonces, formuló la pregunta clave:

- ¿Qué día es?

- Veintidós de agosto de 2010.

El día era el mismo, pero 2010...Habían retrocedido diez años antes, cuando él tenía ocho años. Se miró. Seguía teniendo el aspecto de un muchacho de dieciocho.

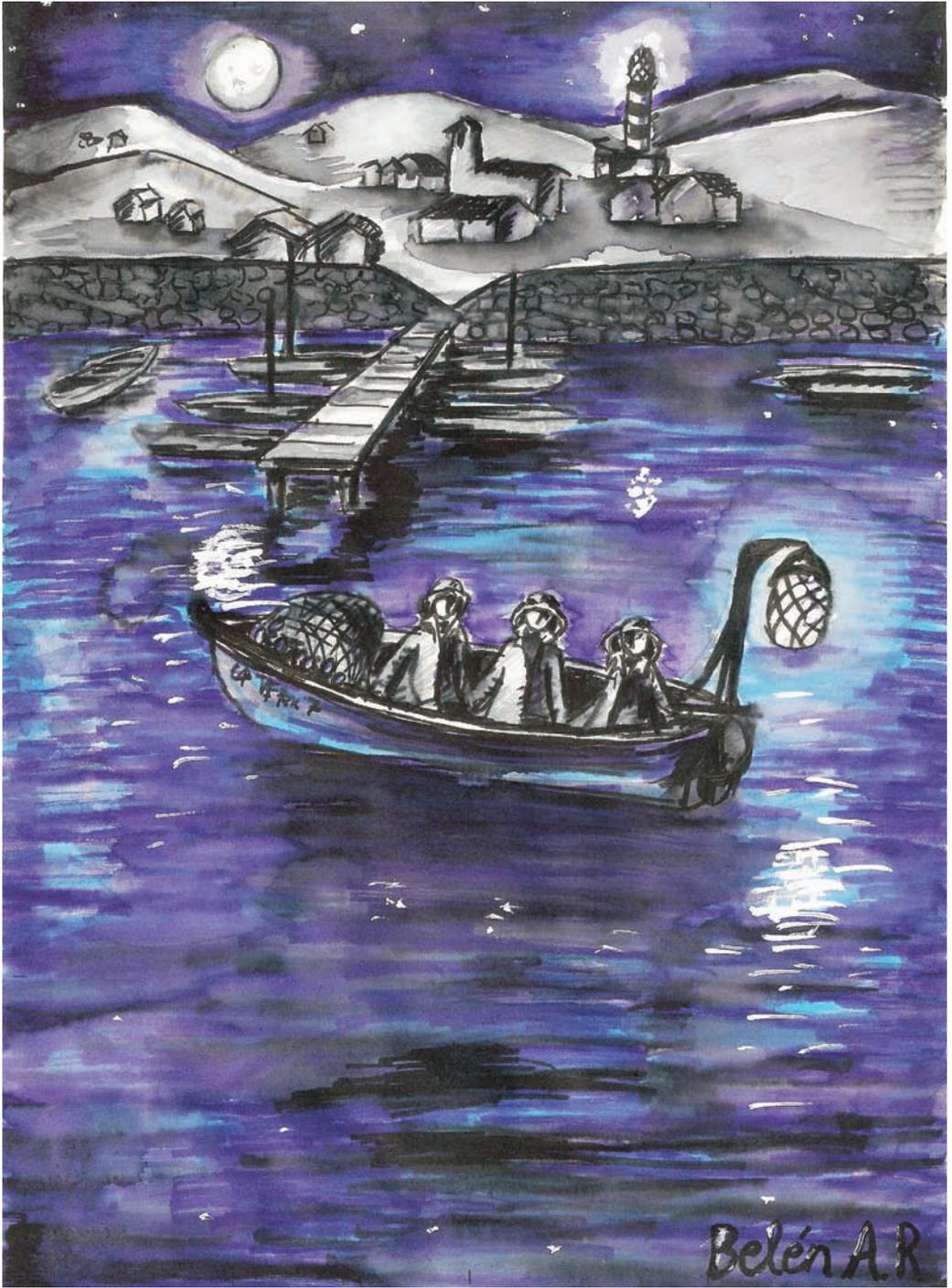
No lo entendía. Estaba seguro de que no lo había soñado.

Fue de nuevo a la playa. Allí, pudo ver como el mar estaba tranquilo, en calma. Como si nunca hubiese pasado nada extraño allí.

- A mí no me engañas. Sé que escondes algo o alguien ahí abajo -dijo en voz baja.

Miró a sus pies y vio lo que estaba escrito en la arena: "Estás en lo cierto".

Y lo estaba. Ese mar escondía muchos secretos. Muchos.



Belén A.R.

Ilustración: Belén Allepuz Ros

El tesoro del marino Telesforo

Anne de Foucalt Nogués. 11 años

Aulas Hospitalarias Hospital Universitario "Marqués de Valdecilla" de Santander

El marino Telesforo tenía una barca de oro,
era su mayor tesoro: la barca de Telesforo.

Iba surcando los mares,
y pescaba a raudales.
Un día unos piratas,
le quisieron dar la lata
y coger su barca de oro,
que era su mayor tesoro.
Remó a toda vela,
escapando del pirata Sanguijuela.
Siguió remando y remando,
y los pájaros volando
le indicaron el camino a su destino.
¡Qué contento estaba Telesforo,
el marino del corazón de oro!



Ilustración: Antonio Moreno Rodríguez

Risaldo

Fernanda Yajaira Verduga Andrade. 12 años

Aulas Hospitalarias Hospital de Fuenlabrada

Me dijo la maestra: “tienes que escribir un relato donde aparezca la risa”.

¿O me dijo... brisa?

Quizá me dijo: “¡Date prisa!”

Estoy hecha un lío. Verdaderamente lo que más me gusta, es la brisa.

Eran, aproximadamente, las doce de la mañana. Yo iba caminando sobre la arena de la playa. Una brisa suave rozaba mis cachetes. De pronto, una enorme ola chocó contra mis piernas. Caí toda mojada y, al mismo tiempo, sentí cómo me arrastraba hacia el fondo. Algo suave tocaba mis piernas y hacía un ruido extraño ¡Era un delfín! Me invitó a conocer a su familia. Vivían en una casa a siete metros de profundidad. Me presentó a su madre, a su padre y sus dos hermanos. Uno de ellos no se quiso presentar porque detestaba a los humanos. En una ocasión, cuando él estaba pescando se acercó un barco pesquero y con una red gigante le robó todo su pescado y estuvo a punto de ser capturado.

Su cola quedó malherida. Yo le dije: "no todos los humanos se comportan de la misma manera".

Me quedé a vivir con ellos y, poco a poco, confió en mí. Me trataron como una más de la familia.

Una vez a la semana salía del fondo del mar a visitar a mi otra familia, que vivía en Marbella. Al principio, no les gustó la idea de que yo viviera con unos delfines porque lo consideraban peligroso. Pero cuando me vieron (la primera vez que fui a visitarlos) se convencieron y me dejaron vivir con mi familia marina.

A partir del séptimo mes, me convertí en su maestra. A los delfines les enseñé a escribir, a leer, a ser ordenados y jugar al parchís...

Y a mi familia de Marbella les enseñé a comer pescado crudo, a hacer el "¡ iii,iii,iii!" de los delfines y a hacer piruetas en el agua.

Ilustración: Roberto Espín Gallego "Arte de Zulo"

La princesa del mar

Fernanda Abigail Carrera Vargas. 12 años

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario "Morales Meseguer" de Murcia

1. UN MISTERIO POR RESOLVER

Las clases terminaron y, como todos los años, mi familia y yo nos fuimos a la casa de la playa.

Me llamo Alicia y os voy a contar los extraños sucesos que me ocurrieron ese verano.

Llegamos a la casa de la playa y me puse a desempaquetar mis cosas. Tenía un cajón secreto en mi dormitorio que había descubierto el año anterior. En él guardaba el dinero que tenía. Al abrirlo, me llevé una gran sorpresa, pues aparecieron dos fotografías dobladas y un collar de diamantes. Cuando desdoblé las fotografías pude ver que mostraban un acantilado y una puesta de sol en un ángulo concreto del mar

2. A LA CAZA DEL TESORO

Decidí salir a buscar aquel extraño lugar. Conocía el acantilado que mostraba una de las fotos, así que les dije a mis padres que iba a dar un paseo. Cuando llegué, descubrí que estaba cercado por una cinta policial y no dejaban pasar a nadie. Pero yo estaba

dispuesta a descubrir lo que escondían las fotografías, así que, sin que nadie me viera, levanté la cinta y pasé. Al rato de estar allí, observando el mar, pensé que era una tontería lo que estaba haciendo. Cuando estaba a punto de irme encontré una caja con decoración marítima semienterrada en la arena. Me fui corriendo a casa. Al llegar a mi habitación esparcí las fotos por mi escritorio y abrí la caja que encontré en el acantilado ¡Había otra fotografía! Intenté encajarlas como un puzzle y funcionó. Aunque al puzzle le faltaban dos partes, pues mostraba una cueva a lo lejos, pero faltaba el camino.

3. ENCONTRANDO EL CAMINO

Volví al acantilado para ver la puesta de sol y averiguar desde qué ángulo estaba hecha la fotografía. En el acantilado no se había hecho la foto, así que seguí con mi búsqueda sin rumbo.

A la mañana siguiente estuve paseando por la costa. Me encontré con un chico muy majo que según me dijo se llamaba Tobi. Me preguntó que por qué estaba allí sola y, a duras penas, conseguí contarle lo que me había pasado. Se quedó pasmado y me dijo que fuera al día siguiente al acantilado con las fotos, el collar y la caja.

Cuando llegué al día siguiente a mi cita con Tobi, no podía creer lo que veía:

¡¡¡Tobi tenía las otras dos fotos que completaban el camino!!!

4. LA LUZ TRIUNFA

Tobi me contó que las había encontrado en un árbol hueco que había en el acantilado.

El padre de Tobi tenía una lancha y por la tarde nos llevó a una isla cercana. Desde que llegamos, supimos que íbamos a encontrarnos con algo fuera de lo normal.

El collar quedó bien guardado en la mochila que Tobi llevaba a la espalda, pero sacamos las fotos y el cofre y los observamos durante varios minutos. Tobi, por alguna razón, reaccionó antes que yo y se puso en marcha.

Encontramos una cascada. Me caí por un agujero en el que se podía ver, por una especie de ventana natural, la misma puesta de sol que en la fotografía y, ¡no os lo vais a creer! había una chica en una silla mirando con tristeza la puesta de sol. Fui a su lado y le pregunté apresuradamente:

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Estás sola?

No me había oído llegar, así que se asustó. Me miró las manos donde llevaba las fotos y la caja, y me sonrió. Se puso a gritar como una loca y de repente apareció Tobi y, a su lado, un tipo alto, corpulento, con barba y con garfio. Yo, me asusté al verle, pero la chica misteriosa le dijo a Tobi:

- ¡Dame la mochila, rápido!

Tobi estaba asustado pero accedió. Al lanzarla el collar se cayó; pero, creedme si os digo que no sé como sucedió pero siguió en el aire y la chica misteriosa lo cogió. El collar desprendía unos destellos increíbles y una luz cegadora que hicieron que el pirata se cayese hacia atrás, por lo que nos dejó el camino libre para salir. Cuando llegamos al acantilado la chica misteriosa nos dijo:

-Hola, siento no haberme presentado- y, tras una reverencia, prosiguió- soy la princesa del mar, me llamo Pilar. Estuve prisionero-

nera durante meses esperando a que llegais. Sois unos chicos especiales, vuestro corazón es limpio, puro y soñador. Os elegí por eso y veo que no me equivoqué. Mi padre, como buen rey, se sacrificó por su pueblo, ahora yo soy su legítima heredera. Ese collar -dijo, señalando mi mano- es el que mi padre me regaló para protegerme del mal, y cumplió con su cometido. Gracias, debo irme, volved y buscad donde encontrasteis las pistas para encontrarme.

Y dicho esto desapareció. Hicimos lo que nos dijo y encontramos... ¡monedas de oro!

Fue el mejor verano de mi vida.



CATEGORÍA C



GANADOR CATEGORÍA C

Azul oscuro casi negro

Julia Peña Martínez. 17 años

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario "Reina Sofía" de Murcia

PREFACIO:

- ¡Auxilio! ¡Socorro! Estoy hundida en este mar de olas de color azul... azul oscuro casi negro... Pero, espera, ¿qué es eso? Creo ver aparecer un claro, un punto cada vez más blanco: un punto de esperanza.

LA ORILLA: ¡TONTERIAS! (MAYO)

Ya va a empezar el verano y con él la operación bikini... ¡Chorraditas de la edad! (supongo).

A mí nada de eso me preocupa porque lo importante en una persona no es su aspecto físico sino su interior, su manera de ser. Yo me llamo Josefina y soy una chica simpática, alegre y divertida, aunque también cabezota, orgullosa y desordenada. Tengo dieciséis años, me gusta un chico que se llama Luis, con el que juego al baloncesto y, últimamente estamos muy unidos... Hablamos mucho y eso me gusta. Creo que le importo... ¡Seguro que se me declara!

El hecho de haberme planteado la estupidez de la operación bikini demuestra que todo lo que digo no lo pienso de verdad... Así comencé yo con esta gran enfermedad...

Así comencé a adentrarme en el mar negro de la anorexia.

MOJÁNDOME LOS PIES Y COMENZANDOME A HUNDIR EN LA ARENA (EMPIEZA JUNIO):

Una de mis mejores amigas, Claudia, me ha pedido que si puedo ir a hacer deporte con ella... Está un poco rellenita y eso no le gusta porque dice que así nadie la va a querer ni nada... A lo mejor tiene razón, así que irme con ella no me va a hacer ningún mal. De esta forma me quito esa barriga que tengo desde que soy enana, aunque también debería no comer tanta bollería, chocolate, el pan (que engorda mucho) y eso que me encanta, pero... Voy a tener que hacer un sacrificio para estar guapa, ¡si no, Luis se irá con otra!

O sea, ¿cómo podía imaginarme yo en ese momento que Luis se me iba a declarar igualmente? Pues sí chicas, él me quería tal y como era, pero perdí la oportunidad, ¿sabéis por qué? Porque me tomaba "tan en serio" las clases de baloncesto para conseguir quemar calorías que luego estaba tan agotada y sudada que me iba corriendo para meterme en el coche de mi madre y así irme a casa, ducharme y pesarme TODOS LOS DÍAS...

No quise evitarlo, y dejé que el mar me hiciese "cosquillas" en los pies, mientras cada ola que iba y venía me hundía cada vez más y más, lentamente. Pude salir del agua, pero no quise. Los escalofríos que notaba en mi interior eran demasiado agradables como para salir ahora que sólo había empezado a meterme...

ABRIENDO LA PUERTA HACIA EL FONDO DEL MAR (FINAL DE JUNIO):

Oigo la voz de mi madre. Me grita si quiero bajar a merendar... Me muero de hambre, así que le diré que me haga una macedonia, pero sin plátano que he leído en muchos foros de "dieta

sana" de Internet que engordan mucho y con el tipazo que se me está quedando no lo voy a echar todo ahora por la borda.

¡Qué pesada! ¡Qué no, no prefiero esas napolitanas tan ricas y suculentas ni un bocadillo de chorizo! ¡Qué mujer! Lleva así todos los días; que me ve ojeras, que si quiere que vayamos al médico, blablablablablaba. Yo me noto perfectamente, además, últimamente, saco todo sobresaliente y eso es un poco raro en mí, pero será que me estoy volviendo inteligente.

Escucho la puerta de la calle. Mi madre ha desistido y se va a sacar al perro. Ya no tengo ni macedonia, ni napolitana ni nada de nada. Bueno, mucho mejor porque cuanto menos coma, menos engordo. ¡Huy! ahora que lo pienso: voy a pesarme y a apuntarlo en mi tablita semanal, así me despejo de estudiar.

A pesar de que el sonido de las olas contra las rocas me advertía de la situación, hice oídos sordos. Dejé que el agua chocase contra mi cuerpo y puse todas mis fuerzas para hacerle frente, a pesar de que sabía que me podía caer y no levantar, pero daba igual. Forcejeé con la inminente tempestad durante mucho tiempo y lo único que conseguí es que ella ganase terreno. En ese momento creía que podría salir cuando quisiese pero, como ya he dicho antes, ella me empezó a ganar terreno poco a poco hasta que me cansé y quise acabar el juego de la peor manera: rindiéndome.

TENSIÓN (JULIO):

Una mentira. Y otra. Y otra. Si el cuento de Pinocho fuera real, yo habría batido el record Guinness por tener la nariz más larga de todo el mundo.

Los viernes salgo con mis amigas a dar una vuelta. Ellas hablan, no callan. Yo las miro y simplemente asiento con la cabeza y sonrío

para que parezca que estoy escuchando. Pero no es verdad. Todos mis sentidos están a años luz de sus conversaciones. Y mientras que ellas lloran de la risa por lo bien que se lo están pasando, mi "grandiosa" mente está maquinando la frase que diré nada más llegar a mi casa. ¿Qué será esta vez? La semana pasada dije que había cenado en casa de Alejandra, así que esta vez diré que me he empachado de patatas en el *Burguer King*. Una parte es cierta ya que todas mis amigas hicieron merienda-cena allí, excepto yo. Me vino al pelo, la verdad, porque puse cara inofensiva y pregunté a mis amigas si me regalaban el juguete que daban con el menú. Ha colado. Ya tengo la coartada perfecta para mis padres.

Lágrimas inevitables caen de mis ojos para mezclarse con el mar más profundo de todos los existentes y así confundirse con ese océano que se está llevando consigo mis sentimientos, mis sueños y mis ganas de vivir.

AZUL OSCURO CASI NEGRO (AGOSTO):

No como. No bebo. ¿Debería ser feliz? Estoy adelgazando (estoy raquítica), me sé de memoria todas las calorías de las comidas que hay en el mundo y...y... ¿Cómo era esa acción?... ¡Ah! sí, SONREÍR. Hace mucho que no la puedo practicar. Ni esa ni ninguna otra que tenga que ver con la felicidad. No río, no hablo... ¿Hace cuánto no digo "te quiero mamá o papá"? Lo único que hago es llorar, mirarme al espejo, llorar, sentarme delante del plato para contemplarlo, llorar, agotarme al subir cuatro escaleras o al dar diez pasos, llorar y, por último, dormir...No, espera. Después de dormir hacía algo más... ¿Qué era? Es verdad, ya me acuerdo: llorar viendo el amanecer.

¿Qué me pasó? Intenté nadar a contracorriente (a pesar de haber abandonado ya el juego) ya que el mar me empezaba a arrastrar has-

ta su hondo pozo, pero... definitivamente desistí puesto que era mucho más fácil esperar a que viniese alguien a por mí. Lo que yo no había pensado era que las personas que yo imaginaba que me salvarían no tienen la carrera de socorristas o buceadores, sino la de padres. Es decir, tienen la de dar todo el amor que un ser humano puede tener. Nunca terminaré de agradecerle a mi familia todo lo que luchó por mí, pero ellos no sabían ni nadar, ni contener la respiración debajo del agua para sumergirse así en la tormenta en la cual yo estaba encerrada, ni nada de nada.

-¡Auxilio! ¡Socorro! Estoy hundida en este mar de olas de color azul... azul oscuro casi negro!...Pero espera, ¿qué es eso? Creo ver aparecer una luz...un punto cada vez más brillante: un punto de esperanza.

MAR SERENO (TRES MESES DESPUÉS):

He vuelto a nacer. Gracias a la ayuda tanto hospitalaria como a la de mi familia y amigos he empezado a salir de este infierno. Daría saltos de alegría pero me han dicho que no me agite mucho.

Al final del verano me desmayé. Fue un susto horrible (sobre todo para los que se quedaron despiertos). Así que, como mis padres realmente no me podían ayudar más, decidieron hospitalizarme en un centro de trastornos de la alimentación. Creo que ha sido una de las decisiones más difíciles de su vida, pero a la larga ha sido la que más me ha ayudado.

Chicas y chicos que estéis pasando por lo mismo que yo, me gustaría daros un par de consejillos... Allá voy:

Si ves que puedes caer en esta enfermedad: ¡¡¡GRITA, PIDE AYUDA!!!

Ella se acerca sin avisar, sigilosamente. Hay voces externas que te avisan, pero (al menos en mi caso) solemos pasar de ellas...

Por lo que más quieras, hazme caso y escucha a las personas que te quieren...

Y si por desgracia ya estas dentro:

¡¡¡LUCHA!!! No es fácil, te lo aseguro, pero con empeño se logra. Durante el camino te caerás muchas veces, pero no por eso te vas a quedar en el suelo, así que levántate y sigue. Intenta no pensar en cosas raras, no os engañéis a vosotros mismos porque nuestra cabeza nos suele ayudar más bien poco. Y cada vez que estés con malos pensamientos, acuérdate de lo bien que te lo pasabas con tus amig@s cuando salíais; acuérdate de ese primer beso, de esa sensación inexplicable que no podrás volver a tener si no te ayudas a ti misma. Piensa en todo lo que tus padres te quieren: tú lo eres todo para ellos, sin ti no son nada y, créeme, cuando te digo que, cuando muchas veces parecemos esqueletos andantes, ellos te van a seguir queriendo igual, pero van a sufrir. Por último, y no por eso menos importante: PIENSA EN TI. TÚ VALES MUCHO. Quiérete y déjate querer. El aspecto no es para nada importante a la hora de decir lo buena que es una persona...Si no, fíjate en Susan Boyle, Gerard Depardieu, Homer Simpson, Jhon Travolta...

Dicen que el mar es dulce y hermoso pero, a veces, puede ser cruel. Gracias al cielo, el mío se calmó. Todavía tiene olas, pero pasan de largo. He conseguido salir de él pero todavía me queda un largo viaje hasta llegar fuera de la playa. Como hacía tiempo que no pisaba tierra firme, he pedido ayuda y esta vez mis padres sí que han podido venir conmigo. En ningún momento se quisieron separar de mí pero el agua fue demasiado fuerte y no pudieron con ella...pero bueno, da igual porque lo pasado, pasado está, por lo que voy a mirar siempre al frente, con la cabeza bien alta y si me caigo ciento diecinueve veces me levantaré ciento veinte, así hasta que consiga llegar hasta el final de la arena para encontrarme con lo que más he anhelado durante toda esta odisea: MI VIDA.

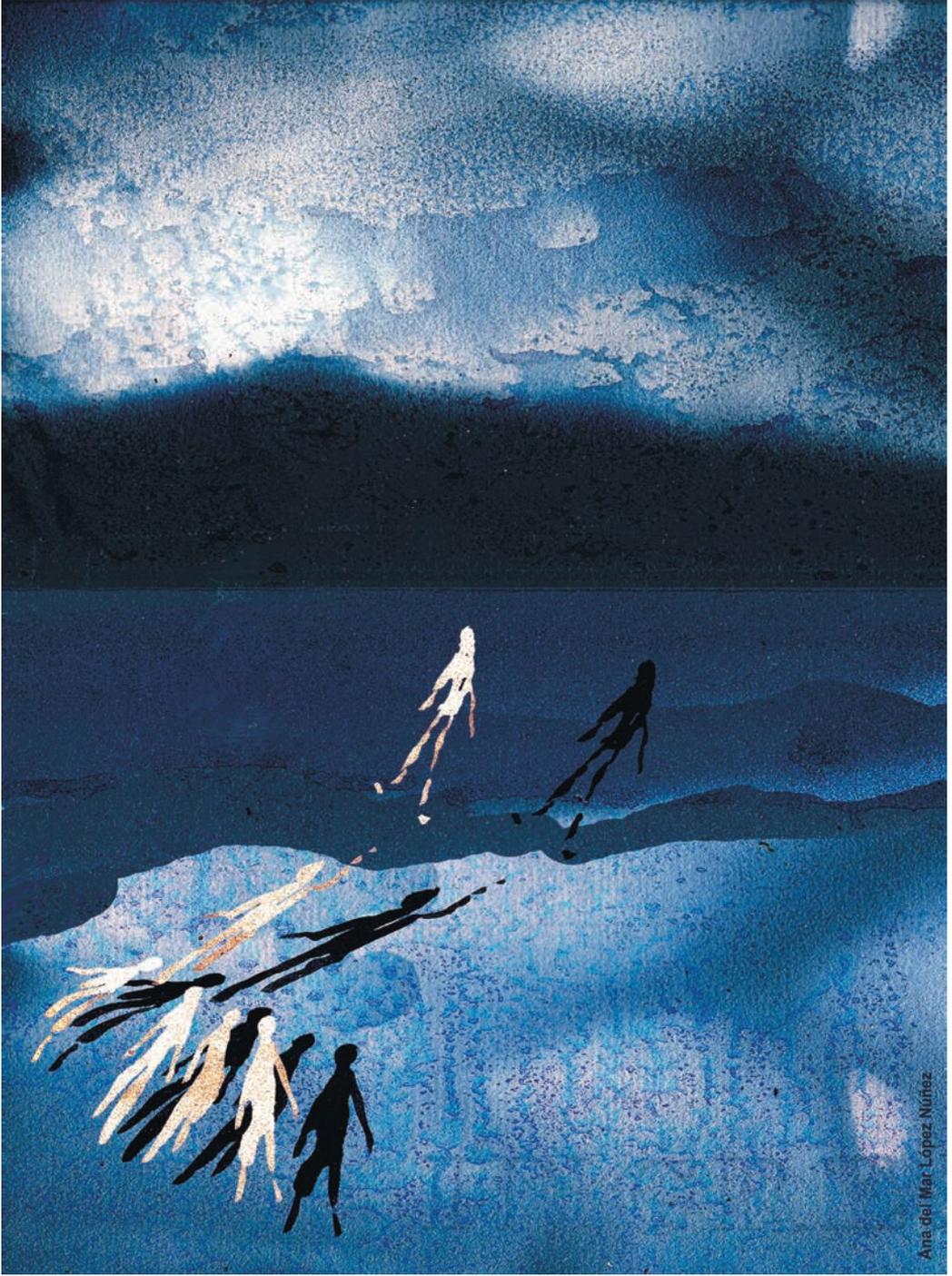


Ilustración: Ana del Mar López Núñez

Nueva vida

Miguel Rivas Chéliz. 16 años

Aulas Hospitalarias Hospital "Ramón y Cajal" de Madrid

Después de un día cansado en el trabajo llega un largo trayecto para volver a casa. Al llegar a mi domicilio, en la encimera vi una carta enviada por el hospital. Abriéndola poco a poco, con gran intriga y a la vez un mal presentimiento, comencé a leerla:

“Estimado Sr. de la Vara, le informamos del resultado de la revisión realizada los días trece y catorce de octubre: tiene una masa tumoral en la escápula, de grado 3, se trata de un osteosarcoma al que trataremos de eliminar mediante un año de quimioterapia y una cirugía”

El corazón se me paralizó, no sabía cómo reaccionar. Solté la carta y me senté en el frío suelo de mi solitario piso pensando en cómo habría ocurrido, por qué, qué había hecho para merecerme esto. Todo estaba oscuro, y no conseguía hacerme a la idea.

A los tres meses ya había comenzado el tratamiento y mis lágrimas resbalaban todos los días hasta el borde de mi cara cayendo al cuello del pijama del hospital. Un día llegó un voluntario y me vio así. Yo no le dejé pasar, pero el entró y se sentó a mi lado. Sin decir una sola palabra consiguió calmarme, después me dijo:

“Entra en la realidad, acéptalo, piensa que esto es un camino que te lleva hasta una nueva vida, ¡el camino de arena cálida bajo el sol abrasador que te quema la piel y te hace sufrir, que te lleva hasta el mar, la libertad, la vida!”

Yo lo pensé y en un principio no quería acordarme de lo que me había dicho pero estas palabras estaban grabadas en mi cabeza y cada vez más metidas en mi corazón. Todos los días me acordaba de este mar, de las olas que lentamente van y vienen revolviéndolo todo.

Estaba muy nervioso, ya me habían bajado a quirófano. Estuve con otros dos enfermos y sus familias hasta que pronunciaron mi nombre. Entré en el quirófano y me dijeron: *“Ahora tienes que pensar en algo bonito, en tu familia, en los amigos, en el mar”*.

Y mis ojos se iban cerrando viendo el mar, ya casi podía tocarlo, estaba en la orilla y las olas iban mojando mis pies dejando la espuma por su camino. Era tal la tranquilidad y la paz que me daba, que pensaba en cómo lo anhelaba antes de todo lo demás.

Con el alta en la mano hice mi maleta, me despedí del personal hospitalario y me fui. Al llegar a la calle me quedé mirando: el sol me daba en la cabeza, los árboles habían florecido y la gente caminaba tranquilamente sin saber que ahí estaba yo, después de un año que me había cambiado la vida.

En ese momento me pusieron la mano en el hombro, miré hacia atrás y era el voluntario, me dio un sobre y me dijo: ¡Aprovecha la vida!

Miré el interior del sobre y era un billete de avión para ir a ver el mar.

Tenía el mar de frente y no me atrevía a acercarme pero algo me hizo caminar, hasta que mi cuerpo descansó en el refrescante mar.



Marisa Hernández

Ilustración: M^a Isabel Hernández Contreras

Aguas profundas

Patricia Gómez Lanzaco. 16 años

Aulas Hospitalarias Hospital Infantil "Niño Jesús" de Madrid

-¡Ah! ¡Socorro! ¡Ayuda!

Los gritos de mi hermana pequeña me despertaron, como de costumbre, sobre las cuatro de la mañana. Mis horas de sueño se habían acabado. A partir de ahora, Daniela no nos dejaría descansar. Me levanté y, de puntillas, me aproximé a su puerta.

-Dani, soy yo ¿Qué ha ocurrido, pequeña?

-¡Me quería ahogar! ¡Me quería ahogar! -gritó histérica.

Empujé la puerta. Al principio me costó descubrir dónde se había escondido mi hermana aquella vez, pero adiviné, incluso en la penumbra, su pequeña silueta bajo la cama.

-Ssh, estoy aquí. Vas a despertar a mamá. Cuéntame tu pesadilla... Vamos, que te meto en la cama...-le susurré, intentando tranquilizarla.

Salió de su guarida y se me abalanzó, cogiéndome del cuello, llorando amargamente. La cogí en brazos, la acosté, la arropé. Aquel era el ritual nocturno al que ambos nos habíamos acos-

tumbrado. Cogió mi mano, la apretó con fuerza, pero no se decidía a hablar.

-Venga, ¿qué ocurría en tu pesadilla? ¡Te sentirás mejor cuando juntos nos hayamos reído de ella!

-¡Era horrible! -volvió a gritar.

-¡Eh! No tan alto... habla como yo, bajito...

-Vale. Pues...

Y así, me relató una más de sus tragedias. Era increíble la imaginación que tenía mi hermana. Me hablaba de monstruos y personajes de cuentos de hadas como si los hubiera visto fuera del mundo de los sueños. Me hablaba del mar como si hubiera estado alguna vez en su orilla... El mar. Si algo tenían en común todas sus aventuras era el gran azul, que la maravillaba a la vez que constituía su mayor temor ¿Por qué el mar? No era la primera vez que me hacía esta pregunta, ni que se la hacía a ella. En cualquier caso, imposible obtener respuesta. Lo cierto es que nunca habíamos ido a la playa. Éramos una familia de ciudad, de un barrio residencial, un pequeño piso en un séptimo. Apenas habíamos salido de nuestro agujero. No había ni tiempo ni dinero. Mamá trabajaba duro para poder mantenernos a los dos, hacía años que nuestro padre se había marchado. Daniela tendría unos cuatro años, yo ocho. Nos quedaban pocos recuerdos, la verdad. Desde entonces, la rutina se había impuesto, las pesadillas de Daniela cada vez más frecuentes, mamá más triste, más sola... no habíamos salido de los límites de la ciudad. De ahí que me extrañara tanto la imaginación de mi hermana.

Oí una vocecilla lejana que me llamaba. Me había quedado dormido, abrazado a Dani.

-Hugo, Hugo -repetía la vocecilla.

-Dime...-bostecé.

-No puedo dormir más, Hugo- me dijo.

-Lo sé. ¿Qué quieres hacer? -murmuré, el sueño estaba confundíendome- ¿Vamos a ver la tele?

-Vale, "La Sirenita".

Ella mandaba en estos casos, y en muchos otros. La llevé al salón, puse su película preferida y me tumbé en el sofá. De nuevo el mar, me quedé dormido.

-Hugo, ponla más alto, no oigo -la vocecilla volvió a desvelarme.

-No, mamá está durmiendo, dejémosla descansar.

Mis ojos se cerraron, me acomodé y el sueño volvió a vencerme. Pero al rato...

-Hugo, tengo sed -vocecilla incansable.

La acompañé, volvimos al salón. Yo volví a mi sofá.

-Hugo, ¡a desayunar!

Era mi madre, gritando desde la cocina. La luz había penetrado en el salón hacía tiempo, pero yo me había resistido a levantarme.

-Vamos, hijo, que no puedes llegar tarde al colegio. Son ya menos cuarto.

-Ya voy, mamá.

Pasé por el baño y después fui directamente a la cocina.

-Buenos días, cielo -me besó en la frente mientras yo preparaba los cereales. Una sonrisa cansada bastó para que se inquietara por mí. -¿Quieres quedarte en casa?

-Estoy bien -dije, forzando una sonrisa.

Mi madre se dejó convencer. Me vestí a toda velocidad y fui a buscar a Daniela. La encontré en el salón, frente a la tele.

-¿Aún viendo a tu sirenita? -le pregunté sorprendido.

-No, es la segunda vez que la pongo -sonrisa inocente.

¡Vaya obsesión la de esta niña! Ya estaba lista. Mochila al hombro, me ofreció su mano. Juntos nos encaminamos al colegio. A las ocho y cuarto estábamos allí. La dejé en la fila de los alumnos de cuarto de primaria. Yo fui en busca de mis compañeros. Las clases transcurrieron sin sorpresas. Al sonar el timbre a las cinco, suspiré. El día había sido especialmente aburrido. Sin embargo, a la salida...

-¡Hugo! Tengo mucha hambre -Dani tiraba de mi manga

-Merendamos en casa -le respondí, distraído.

Daniela no paraba de hablar, ¡cuántas cosas le ocurrían a ella en el colegio! Querida por sus compañeros, sus profesores... la reina de la clase. De pronto, se calló. Algo había llamado su atención.

-Nueva bebida refrescante ¡Energía y salud! ¡Prueba "Bubblejuice" y llévate un viaje para cuatro personas!

Un vendedor ambulante, buena manera de hacer publicidad ¡Si iba vestido de payaso! Nos acercamos a observarlo, como otros niños. Pronto una multitud se encontraba a su alrededor.

-Compren *Bubblejuice* y prueben suerte, se pueden llevar un viaje a las profundidades del Pacífico, ¡la fosa de las Marianas, señores! Usted, ¿cuántos quiere? ¿Qué sabor? ¿Cereza o piña?

-Uno de cada, por favor -dijo un hombre alto.

-Son dos cincuenta, gracias. Ahora, rasque esta etiqueta -el vendedor le entregó una papeleta- A ver... ¡Ah! ¡Mala suerte! Disfrute del sabor...

Mi hermana soltó una carcajada. La miré... esta niña tenía hambre.

-¿Piña o cereza?-le pregunté.

Volvió a reír. Sabía que le encantaba la piña.

-Uno de piña, por favor -exclamé.

-Muy bien, jovencito, uno veinticinco, rasque esta etiqueta.

Yo le tendí el papel a Daniela y me dispuse a abrir el "Bubblejuice". Se lo iba a entregar a mi hermana cuando ésta pegó un chillido estridente. Todo fue muy rápido a continuación: ¡El premio era nuestro! ¡Un viaje para el ganador y dos invitados! ¡Un viaje de ensueño a las Marianas! Estancia de lujo, una semana de libertad, todo incluido. Nuestros ojos brillaban. Los de mi madre cuando se reunió con nosotros, también. Me perdí entre las explicaciones que daba el vendedor. Sólo me enteré de que saldríamos el treinta de noviembre...

Y, efectivamente, ese mismo día, después de meses anhelándolo, a las tres de la tarde, salió nuestro avión. Dirección: ¡Islas Marianas!

Jamás podré describir con exactitud aquellos paisajes, la felicidad en la mirada de mi madre, el sueño profundo de mi hermana, el aire limpio que respirábamos a pleno pulmón... Aquellas aguas profundas, tan azules. Puedo asegurar que aquel viaje, aquella aventura, cambió nuestras vidas. A partir de entonces, todo resultó más fácil. Un nuevo horizonte se nos abrió. Mi hermana dormía de un tirón, y yo también, claro. Y mi madre, como por arte de magia, fue ascendida en su trabajo. Ahora tendría menos tiempo libre, pero yo podía encargarme de Dani cuando ella no estuviera. Al fin y al cabo, ¡tenía catorce años!

-¡Hugo! -aquella vocecilla inquieta.

La miré, ¡qué guapa era mi hermanita!

-Dime, pequeña.

-Tengo diez años -replicó. ¿Sabes una cosa?

Sonreí, su reacción me intrigaba.

-Antes tenía pesadillas, ya no - me dijo maliciosamente.

-Ya lo había advertido, señorita.

-Ya sé por qué el mar me impedía dormir.

La interrogué con la mirada. Esta niña era fascinante...

-Era el único recuerdo que tenía de papá, una promesa. Él me iba a llevar a ver el mar, nunca lo hizo. Lo hiciste tú, Hugo.



Ilustración: Andrés Moreno Ferrer

El viejo junto al mar

Georgina Cortés Rufé. 15 años

Aula Hospitalaria Hospital Clínic de Barcelona

A través de sus ojos, el viejo lobo de mar Johan Sánchez contemplaba en la inmensidad aquella capa de diferentes azules que le acariciaba los pies con dulzura, y bailaba a su ritmo, acompañado de pequeñas olas que se desvanecían al llegar a la orilla de la playa. Los ojos de aquel viejo eran de un azul profundo que recordaba a las olas del mar en plena tormenta. Sus ojos expresaban dolor y tristeza. En ellos veías la penumbra escondida y el color tranquilo del mar desaparecía. Johan murió metafísicamente el día en que su sirena dejó de cantar.

En ese mismo instante una gaviota se acercaba al agua y pescaba con su pico un pez pequeño. De repente, la única gaviota que había, se multiplicó por diez y la playa quedó llena de ellas. “*Malditas ratas del mar*” pensó el viejo. No las podía soportar, ellas se llevaban todo lo que el mar significaba para él. De joven, Johan, era un viejo aventurero que, con su barco: el *Arrecife*, descubría nuevos lugares escondidos en la costa. Viajaba día y noche. Sentía la libertad en sus manos, como si la pudiera recoger del suelo y expandirla por todo el océano. Así la sentía

más de cerca y podía navegar por toda ella. Siempre había sido un hombre muy reservado, autosuficiente y luchador. Sus ojos, como decía su enamorada, eran poesía, y era la única cosa que le hacía especial. Su mirada penetrante se clavaba en la tuya cada vez que lo mirabas. El ser reservado hacía que mirara hacia el suelo, y la poesía no podía ser escrita. Johan decidió hacerse pescador porque, como él decía, el color azul era su color, siempre estaba presente. Cada ola llevaba escrita en ella lo que éste era para él, un valor diferente en cada una, y cuando se rompía, se vestía de su sueño. La gente le llamaba el Soñador, siempre se quedaba pensando mirando el horizonte y apuntando garabatos en su libretilla. ¿Pero qué apuntaba? La gente se lo preguntaba, él nunca respondía.

Ahora tiene ochenta años y su memoria ya no es lo que era, la fuerza de su mirada se ha debilitado y su corazón ha quedado encerrado y perdido entre las olas. Sólo recuerda, pero cuanto más recuerda más dolor se apodera de su cuerpo. "¿Qué me pasa?" Se pregunta ahora mismo. La historia de su vida, su aventura con el mar terminó hace cincuenta años. Esos pensamientos pasaban por la cabeza del viejo Johan en ese mismo instante, mientras la arena de la playa se colaba entre sus viejos dedos.

No la vio venir pero de repente una niña de unos once años se sentó junto a él.

- Es bonito ¿eh? A mí me inspira para escribir. El mar. Me gusta ponerme de pie, abrir los brazos y cerrar los ojos. Sentir cómo el viento se apodera de mí ser y mis oídos son cautivados por el sonido de las olas. Luego soy transportada al mar y siento que puedo ser yo misma. En ese mismo instante soy libre.

El viejo se la quedó mirando sorprendido, conoció a alguien que también hacía lo mismo.

- ¡Qué ojos más bonitos! -prosiguió la niña- ¿No le han dicho nunca que una vez que te pierdes en ellos es como estar dentro del mar?

Silencio. Solo se escuchaba la música de las olas. El viejo se asustó al oír semejantes palabras, iguales que las escuchadas treinta años atrás.

- Pues sí -dijo el viejo- Una vez. ¿Cómo lo sabes?

- No lo sé, pero seguro que a una persona con tales ojos se lo han dicho. Soy Ana.

- Soy...

- Ya sé quién es usted, en el pueblo lo llaman el Soñador. A saber por qué... aunque ahora puedo imaginarlo, pero no me lo acabo de creer. Sus ojos están cansados, tristes. Apuesto que ya no tienen la luz de antes, ni son del mismo azul. Que a su sirena le pasó algo. Y su corazón quedó roto en pedazos. El mar se lo llevó como se la llevó a ella.

El Soñador no daba crédito a lo que oía. ¿Quién era aquella chica? Se estaba asustando minuto a minuto. ¿Cómo sabía tanto de él?

- Sé lo que es, pero.... ¿Qué le pasó exactamente?

Por primera vez en muchos años sintió que tenía ganas de explicar su historia, pero no entendía el porqué. Una niña que no le conocía de nada vino a contarle lo que hacía años que estaba escondido.

- Yo, fui joven ¿sabes? Y aunque no te lo creas esas manos han escrito mucho – sacó una libreta de su bolsillo- Toma te dejo leerla. No tengo fuerzas para explicártelo yo mismo. Abre por aquí.

La niña lo hizo

25 de Junio de 1957

El mar me ha llevado a conocer nuevos lugares, sitios donde los sueños se hacen reales, dónde la gente conoce lo que es un abrazo, sabe aprovechar el momento y mira a los ojos cuando habla. He visto muchas cosas en los treinta días de viaje que llevo. Ya no sé ni que día es, la mar me lleva y los días, horas y minutos, pasan a gran velocidad. Por fin he podido experimentar lo que esta manta vestida de azul es para mí: libertad, pasión, amor, esperanza... todas juntas convertidas en agua. Voy en busca de mi alma gemela. Quiero encontrar a alguien que sea como yo, o al menos que me comprenda. Hoy he parado en un pequeño pueblo griego, no sé cómo se llama.... Y en ese minúsculo lugar perdido en una isla del Mediterráneo he conocido a Calisa, la más hermosa. Cali, de origen griego, es Afrodita reencarnada. Su pelo se mueve como las olas en un día de sol, sus ojos negros y profundos brillan como la estrella de Orión para los marineros.

Ana se saltó unas cuantas líneas hasta llegar a la parte que le interesaba.

Se ha fugado conmigo, dice que quiere acompañarme. Por fin he encontrado alguien que sabe como soy, que siente lo mismo que yo por el mar. Calisa dice que una vez que te pierdes en mis ojos es como estar dentro del mar. Hemos pasado horas mirándonos, abrazados. Acariciar su pelo me hace olvidar mis preocupaciones. Me ha enseñado todos los lugares de la isla. Cada rincón de ella.

- ¿Y qué pasó? Según sus notas todo es perfecto.

- Sigue leyendo pequeña.

Calisa no sabe nadar. Es muy extraño, pero es así. Pero sí sabe bailar, al contrario que yo... es como una musa griega que me ha traído la inspiración que yo andaba buscando todos estos días. Sus besos son cálidos, como su pelo y sus ojos. Cada vez que me besa olvido quién soy... sus brazos se entrelazan con los míos y nos unimos en un solo ser. Como ya he dicho, es como Afrodita reencarnada. Mi Afrodita...

5 de Agosto de 1959.

El dolor se ha apoderado de mi cuerpo...Ya hace días que viajamos. Esta noche una grave tormenta nos ha despertado. Nunca había vivido nada igual. El barco se ha empezado a balancear, y el agua ha inundado todo el barco y con él, se ha llevado a Calisa. He pasado horas buscándola en el agua. No me paraba de repetir a mí mismo: "no sabe nadar". Pero tras horas pasadas, he decidido parar. Se había esfumado. Hoy, mi sirena, Calisa, ha dejado de cantar para mí. Y el mar se ha llevado con él al único ser por el cual me sentí comprendido. Nada volverá a ser lo mismo...

- Qué triste...

- Desde ese día no me he vuelto a bañar en el mar. Espero que mi corazón me sea devuelto, el mar es esperanza para mí, y esa no la he perdido nunca. Ahora ya sabes mi historia. Dime, es tu turno, ¿quién eres?

- Calisa era su Afrodita reencarnada, yo soy el mar. He venido para devolverle su corazón, que un día se perdió dentro de mí. Soy la esperanza que un día fui para usted, mis cabellos son las

olas que lo envuelven. He venido para darle la oportunidad de reunirse con ella. Dime, ¿qué quiere hacer?

Sin pensárselo dos veces el viejo se levantó, cogió a la niña de la mano, y juntos entraron dentro del mar, donde él había perdido a su sirena.

Para algunos el mar es esperanza, para otros, libertad, a unos nos gusta otear el horizonte, a otros sentir la arena de la playa entre los dedos. La esperanza y la fe son el mar para algunos. Otros vamos más allá de eso: creemos y nunca dejamos de creer para ayudarnos a nosotros mismos y a los demás. La historia del viejo junto al mar no es real, pero nos encontramos en situaciones similares durante nuestra vida. Y creer en lo positivo de ellas es lo que nos hará evitar el dolor y el sufrimiento. Saber que es posible salir del pozo sin fin. Como lo eran los ojos del viejo hasta que la mar vino a él.



Ilustración: Miriam Campillo Torres

Una enfermedad como el mar

Irene Cristóbal Barrio. 12 años

Aulas Hospitalarias Hospital Infantil "Niño Jesús" de Madrid

Todo empezó hace unos meses. Empezó a brotar en mí una enfermedad muy grave cuyo nombre no quiero pronunciar.

Al principio todo iba muy bien, tenía pequeños problemas, pero para mí eran sin importancia. Hasta que los problemas se sumaron y cada vez eran peores. Dejé de hacer cosas que antes hacía, y una de esas cosas es muy importante para vivir. Me empecé a dar cuenta de que había caído en una enfermedad muy grave. Mis padres también se dieron cuenta y me llevaron al hospital para que me revisara el médico, donde ahora estoy.

Me dijeron que me iba a morir como siguiese así. Mi ánimo era como el oleaje del mar: subía y bajaba...

Fui de un hospital a otro, como el marinero que recorre todas las costas de una en una. Este último fue mi peor ingreso, fue horrible. Pero me di cuenta que mi enfermedad era parecida al mar.

Mis primeros días en el hospital fueron un horror. Las grandes olas del mar eran mi sonrisa, pero cuando se rompían era como si el ánimo también se rompiese. Así me lo imaginaba yo. Ese

pensamiento me ayudaba a no estar tan confusa con mi ánimo y conmigo misma.

Dentro de este sitio, el mar era un deseo para mí. Era mi refugio. Yo soñaba con ir al mar, a mi querido mar. Meterme dentro de esa maravilla, notar como el frescor del agua invadía poco a poco mi cuerpo. Bucear con mis amigos los peces como si fueran los doctores que me ayudaban a curarme de esta enfermedad tan horrible. Adentrarme en la profundidad más lejana y oscura del inmenso mar era igual que meterme entre las mantas de mi cama para refugiarme del duro entorno que me rodeaba, para refugiarme de esa enfermedad. El mar era mi amigo, mi escudo protector del mundo.

Pasados unos días, mi furia se descargó sobre la gente que me rodeaba. Era como la tormenta del mar descargando sobre las rocas.

El mar y yo éramos uno solo. Así lo pensaba yo: un solo elemento. Mis sentimientos eran sus tormentas, sus tempestades, sus calmas...

Pero esa preciosa unión se fue desvaneciendo cuando llegué a mi casa. Allí ya estaba casi recuperada y esa unión, como ya he dicho, se fue.

Esto ha sido un recordatorio para mí. Para vosotros dejo una frase que me gustaría que se os quedase en la cabeza: "El mar no es sólo un lugar de vacaciones, sino un lugar en tu mente"



Ilustración: Juan Fran Martínez Martínez

Sonríe... Llorar es demasiado fácil

Sandra Bellón Villanueva. 15 años

Aulas Hospitalarias Hospital "Ramón y Cajal" de Madrid

Hoy me he despertado triste, bueno como un día cualquiera, siempre me despierto de la misma manera. Hace frío, tengo anginas, y veo el mismo paisaje de agua, agua y más agua.

Perdonad pero no me he presentado, mi nombre es Marco y soy pirata. No soy uno de los mejores piratas pero hasta ahora nadie se ha quejado de cómo hago mi función, bueno excepto el resto de barcos a los que abordamos. Tengo veintiséis años, soy alto moreno y no, no llevo un parche en el ojo como os estabais imaginando todos.

Como os estaba contando siento que tengo una vida triste porque siempre he hecho lo mismo: robar, robar y más robar y la verdad es que cada día me gusta menos y me siento aburrido y cansado de ver siempre lo mismo, hacer lo mismo y hasta comer siempre lo mismo. Os voy a contar la historia que me ocurrió un día y que hizo que me levantara un poco el ánimo.

Era un día como otro cualquiera y estaba en mi barco, que por cierto se llama "Aranzueque". Total, que vimos a lo lejos un barco del que se oía música, risas y hasta una traca de fuegos artificiales. Parecía que se lo estaban pasando realmente bien. Cuando nos acerca-

mos a él, vimos que había cientos de niños disfrutando y celebrando que, al parecer, habían salido de algún sitio porque en los numerosos carteles que tenían ponía "adiós", "no os olvidaremos", "por fin a casa". Pero claro, si tenían esos mensajes tan tristes que parecían que se estaban despidiendo, ¿qué celebraban? Esta vez fue diferente porque supusimos que, al ser niños, no iban a tener mucho dinero. Pero sí podíamos hacer una cosa: unirnos a la fiesta. Lo pasamos genial, algo triste porque aunque fuera un momento diferente, estábamos en el mismo paisaje de agua, agua y mucha más agua.

Un niño se acercó a mí y me dijo:

- Perdona señor pirata, ¿por qué se encuentra tan triste? ¿Es porque no tenemos dinero y no han podido robarnos?

-No pequeño, claro que no, lo que pasa es que estoy cansado de ver siempre el mismo paisaje, de los mareos que me dan en el barco, del miedo cuando hay tormenta, y sobre todo de tener que robar a gente que le cuesta mucho ganar ese dinero- le contesté, aunque no estaba muy seguro de que, siendo tan pequeño, entendiera mis razones. Pero él contestó:

-¿Sabe por qué celebramos esta fiesta? Porque todos hemos estado en el hospital durante mucho tiempo y también veíamos siempre el mismo paisaje: enfermeras, médicos, agujas, pero siempre y todos los días unos amigos y amigas venían a vernos y nos ayudaban a estudiar, hacíamos manualidades y cosas muy chulas y siempre nos decían una cosa "sonríe...porque llorar es demasiado fácil" y siempre que nos encontrábamos mal pensamos en ello y nos alegrábamos.

Ese niño me abrió los ojos y desde entonces en vez de quedarme con lo malo del mar me dedico a observar el agua más detenidamente, a ver los peces, los delfines, disfrutar de la brisa que sopla por las tardes... Sólo puedo recordar que estaré aquí por mucho tiempo, pero hay que sonreír, porque llorar es demasiado fácil para un pirata como yo.



Ilustración: Carlos Ventura Rabadán Delmás

Recóndito

Eduard Oliver i Piqué. 15 años

Aula Hospitalaria Hospital Clínic de Barcelona

Las gafas de media luna se deslizaron por su aguileña nariz lentamente hasta que se desplomaron inertemente sobre el blanco teclado del ordenador escribiendo una clara “L” sobre el extenso documento escrito en la pantalla. De su boca unos profundos suspiros denotaban la tranquilidad de sus sueños, sobresaltándolos con algún que otro ronquido seguido del clásico silbido que todos conocemos. Esta posición era habitual en él, quien utilizaba más su escritorio (repleto de libros, fichas de registro mercantil y documentos varios que acorralaban el ya viejo ordenador repleto de pantallas abiertas) como dormitorio que su propia cama. Sus investigaciones extralaborales le llevaban a cometer dicho acto, entre muchos otros, igual o más insaludables: como el de alimentarse en gran proporción de su cargado café que, aunque no era tan apetecible como el preciado Earl Grey (cuya procedencia tan a menudo le hacía recordar), era menos revitalizante que el jugo que le proporcionaba tantas horas la atención despierta.

El reloj detonó su inagotable tic-tac para dejar paso al sonido del gong que marcaba el trascurso de otra hora. Lentamente, ayudado por éste, el profesor volvió a su rutinaria y estable vida, levantó la cabeza con parsimonia a la vez que se le revolvía el estómago con el ir y venir de las olas. Se incorporó en el asiento y volvió a centrarse en la inexorable búsqueda, releyendo las últimas líneas del texto pasando,

el índice de la mano derecha sobre el texto para situarse y reanudar la documentación con la máxima rapidez, mientras con la otra mano se frotaba los ojos para intentar quitarse las legañas incrustadas en sus convexos ojos lagrimosos por el mal despertar de las primeras horas.

Ya había perdido demasiado tiempo en esa siesta de medianoche. Estaba absorto en el proyecto, se encontraba en el punto más álgido de la investigación, ya finalizada su tan dedicada parte bibliográfica. Llevaba demasiados años esperando aquel momento y desproporcionadas cantidades invertidas en sobornos a vigilantes nocturnos de los registros de los puertos así como en fraudulentos engaños que le prometían saber informaciones confidenciales sobre dichos proyectos. Tenía el Escila a punto de tocar la yema de sus dedos.

Su vida hasta ese momento había sido relajada y segura. Llevaba una rutina estricta, sin sobresaltos, todo bajo un control superior donde hasta el ínfimo detalle estaba premeditado. Todo consistía en una armónica combinación de las clases en la universidad de su ciudad y su gran pasión por la investigación. Fuera de esos ámbitos siempre se había sentido desplazado, pues allí los hechos quedaban a la merced del destino confrontándose con las cambiantes e imprevisibles decisiones del ser humano.

A pesar de todo, ahora se había visto inmerso en la aventura que cambiaría su vida dándole un giro sorprendente: la búsqueda de su barco, del Escila. Éste era una goleta que databa del 1649, época en la que finalizó su construcción en un astillero de Falmouth. Este barco fue utilizado en el traslado de riquezas del rey Carlos I de Inglaterra, Escocia e Irlanda, a sus colonias en el nuevo mundo. No obstante su contenido había naufragado junto a él, en el norte del Atlántico.

Hasta ese momento había estado haciendo durante quince largos años la búsqueda de la goleta de forma pasiva, pero cuando la Agencia que lo había contratado para dicho proyecto (que aunque era de lucro puramente pecuniario, a la vez tenía una gran repercusión cultural) le había propuesto acompañar a su equipo al mar abierto, él había aceptado sin sopesar pros ni contras, absorto, pensando en la opor-

tunidad de ver por primera vez la dedicación de tantos años reflejada en la realidad y no en simples manuscritos antiguos. Era real, el Escila existía, estaba frenético.

Se levantó dando traspies y subió a cubierta por la escalera de popa, la mala mar era explicable. Había unas grandes nubes negras que descargaban una llovizna a signo de advertencia de la inminente tormenta que estaba a punto de descargar a modo de maldición poseidónica.

Odiaba el mar, era rencoroso e impredecible, virtuoso, sin normas ni control. Él luchaba contra el mar, pues era su único enemigo en la búsqueda del Escila. Se sentía como el joven Ulises de Homero tras profanar el nombre de los dioses, intentando en su caso, buscar la verdad perdida.

El capitán Stresmnes, un viejo lobo de mar noruego que había aceptado el trabajo, era un líder nato. Tenía el rostro curtido por el viento y moreno por el discreto sol nórdico que le daba un aire agresivo, quedando suavizado en un extravagante contraste por una grisácea barba que le otorgaba un aspecto bonachón. A todo esto le acompañaba la prominente curva de la felicidad que denotaba la ociosidad por los placeres de la buena comida y por la cerveza, así como algún que otro licor más fuerte. Bajo su negra gorra, que escondía los pocos pelos que le quedaban, anunció con voz de pirata que atracarían en el puerto de Longyearbyen para evitar la tormenta.

Aunque el profesor se alegró de oír tal noticia (descubriendo en él un nuevo sentimiento que hasta ese día no había experimentado) notó como no quería volver a la previsible tierra. Fue una sensación momentánea, pero no obstante le quedó grabada con sangre en la conciencia. Se sintió ávido de libertad. Un sentimiento anárquico se abría paso entre la tranquilidad de su mente. No era completamente desconocido, era una sensación guerrera, sangrienta, ese único momento le trastornó y aunque lo intentó olvidar y le quedó como una espina clavada en la garganta, esperando poder aflorar de nuevo, esperando impasible mientras la duda sobre su procedencia iba calando.

Tras atracar, desembarcaron en tierra y entraron en una taberna

cuyo nombre el profesor no entendió porque no estaba escrito en su lengua. Tomaron asiento en una mesa en la esquina más apartada y, aunque al entrar fueron el centro de atención, poco tardaron en dejarle ese sitio a una pareja de ancianos que entró tras ellos. Efectivamente, la lluvia no tardó en alzarse como el terrible espectro que era, tapando la poca luz que el sol, en esa recóndita parte del planeta, desprendía.

La taberna era lúgubre, había alguna que otra mesa ocupada por los habituales clientes, que si no tenían la cabeza contra la mesa y la mano agarrada a la botella, durmiendo la mona, poco les faltaba. El resto eran habitantes de ese puerto que habían entrado a refugiarse de la lluvia.

Stresmnes, con su tosco inglés, le preguntó qué quería tomar. Él respondió que una taza de té. El capitán soltó una carcajada y gritó una serie de palabras en noruego al tabernero, quien también dejaba ver un aire que denotaba la falta de sobriedad propia de su puesto de trabajo, falta de profesionalidad.

Cuando éste se acercó con su aliento alcoholado y les entregó unas cervezas a todos, comprendió el porqué de la grotesca risa anterior de su compañero de tripulación. Como era lógico, en esa clase de antros no había esas refinadas especies para los brebajes celestiales.

En ese momento el fantasma de ese sentimiento primitivo cruzó ante sus ojos acompañado de una, esta vez sí, nueva sensación de desconfianza. Esa cerveza era un signo de traición, de ataque a su persona, de agresión. En definitiva, era un signo de desconfianza, un indicio del inminente motín que se avecinaba discretamente, sin ser advertido excepto por su persona. Todo era un complot contra él, todos eran enemigos, tenía que sobrevivir y para eso necesitaba luchar.

Estos pensamientos atravesaron su mente como una ráfaga de flechas a través de una cortina de cordura, rompiéndola y dejándola hecha harapos. En un último intento de sabiduría, de coserla y apedazarla, decidió olvidarse pero el golpe había sido demasiado fuerte, un

mazazo en su cabeza para ahuyentar esta clase de de pensamientos. Una pareja de pescadores se rió. Debía ser de él, dedujo. Hasta esos lo sabían y se reían de él. Esa fue la gota que colmó el vaso, tenía que detener el tumulto. Estaba asustado. Su mente nunca había sido tan caótica, pero a la vez nunca había estado tan viva. Con pavor en los ojos dijo al resto de la tripulación que le disculparan con un tono de voz agudo e indefenso parecido al alarido de una lechuza y abandonó el desalmado local con dirección al barco.

Las grandes gotas de lluvia le golpeaban como meteoritos asesinos en todas las partes del cuerpo, eran como jabalinas amenazantes a su persona. Tenía la sensación de que algo terrible iba a ocurrir. Hasta el aire lo sabía, pues en él se notaba el fuerte olor a levantamiento.

Subió por la rampa hasta el barco zarandeándose, el mar le atacaba no quería que realizara su proeza. Quizás el Escila era un secreto mayor del que suponía, la duda cayó sobre él como una más de las nuevas sensaciones que le sucedían.

El Escila era algo más que un barco, y quizás ese nombre era algo más que un simple bautizo, tenía escondido el verdadero cargamento. Como una luz, su cerebro le proyectó la solución que él quería ver. El Escila, en verdad, era eso, la Escila, era una idea descabellada más a la vez real, era la criatura mitológica a la que se había enfrentado Odiseo y posteriormente habían trasladado a Escocia, a un lago llamado Ness, debía ser ése el tesoro del rey, la captura del monstruo mitológico.

Su mente había desatado su hasta entonces tan sujeta imaginación creando alocadas ideas que, en otros momentos, no le habrían parecido más que recónditas posibilidades.

Entró en el barco para refugiarse de la lluvia que iba aumentando progresivamente, calándole la ropa y haciendo que el frío penetrara en su interior. Se deslizó sigilosamente, con mucho cuidado de que nadie le oyera, ya que aunque aparentemente estaba solo, se sentía observado en todo momento. Fue hasta su camarote donde, arrojando de mala manera la mojada pero no obstante impoluta ropa en la colcha

de la cama, eligió unas prendas informales de aspecto de marinero, al azar, un jersey de cuello alto cerúleo y unos pantalones de pana beluga.

Justo cuando metió el brazo derecho en su correspondiente manga notó una punzada en la cara interior de la muñeca que le hizo retroceder con brusquedad a la vez que profanaba un grito de dolor. Había un alfiler en la camisa. Vio como la sangre se desbordaba de sus venas, liberada, y con la otra mano se presionó la herida para evitar el sangrado, mientras se dirigió (aún en camiseta interior) hacia el cuarto de baño. Allí abrió el grifo y a la vez que el agua empezaba a manar se quedó parado contemplando cómo la sangre caía por el lavabo. Quedó fascinado con esa imagen tan salvaje, tan natural sin ataduras. Se sentía vivo, con ansias de disfrutar. Y a la vez ese rojo sangriento le despertó su lado más salvaje: tenía ganas de poseer él el control, él quería ser el descubridor del Escila, sólo él, los otros seguro que lo traicionarían, lo apartarían del proyecto para quedarse sólo ellos con el mérito del trabajo, de su trabajo.

No lo permitiría. El Escila era sólo suyo, de nadie más.

Mientras reiteraba estos pensamientos en su cabeza, avanzó con determinación hacia el camarote. Se puso el jersey y un abrigo y salió a la cubierta. Desató el velero y lanzó el cabo verdoso de moho al interior del barco mientras que saltaba con demasiado ímpetu para su edad a la cubierta del transporte. Se dirigió a popa, encendió el motor y el "Harmony II" rugió encendiéndose.

Aún la mala mar luchó para impedirle salir del puerto, las olas zarrandeaban el bote y el floc se agitó con violencia mientras la botavara se tambaleaba sin cesar, como queriendo escapar de su anclaje. Puso el piloto automático en marcha; había ganado la batalla final y, así, la guerra. Había escapado cual caballero victorioso derrotando a su enemigo.

Los había dejado atrás, ahora allí estaba él solo. Y entre él y el Escila sólo su aliada, su maestra, su mentora: el mar.



Ilustración: Juan Antonio Morales García

La vida en el profundo mar

Débora Acosta González. 16 años

Aula Hospitalaria Hospital Universitario "Santa M^a del Rosell" de Cartagena

El mar, con sus pequeños y grandes habitantes, es tan grande e inmenso y a la vez ¡tan maravilloso! Si en él nadáramos, sumergiéndonos en nuestra imaginación, habría grandes y verdaderas historias como la que voy a relatar.

Coral era una sirena que vivía en la mar con su familia y amigos, rodeada de cariño y bienestar. Coral era dulce y bondadosa, a veces un poco traviesa, pero todo el mundo la quería, ella era feliz con sus padres y hermanos. Vivía en un arrecife muy bonito donde estaban sus amigos con los que jugaba todos los días al salir de clase después de hacer sus tareas y ayudar en casa, como todas sus amigas sirenas.

Un día Coral empezó a sentirse mal, su mamá la llevó al doctor a ver qué le pasaba. El doctor la miró y dijo:

-Coral estás muy bien, sólo un poco cansada porque, como siempre estás jugando, no paras y estás agotada.

Coral y su madre se fueron a casa pensando en lo que el doctor les había dicho. Coral le dijo a su madre:

-¡Tanto no juego para sentirme mal!

Su madre le respondió:

-No sé hija mía, pero si el doctor lo dice, será por algo.

Coral continuaba su vida normal como siempre, pero ella seguía encontrándose mal. Entonces Coral y su mamá fueron a visitar a la doctora Sardina. Era una doctora muy inteligente y bonita, su larga cola plateada asombró a Coral.

-¡Hola Coral! ¿Cómo estás?

- Bueno, no muy bien pero tampoco muy mal.

-Entonces, dime ¿qué te pasa?- preguntó la doctora.

- No sé, siempre me duele la tripa, y eso que yo como pocas algas.

-Bueno, habrá que hacerte unas pruebas a ver por qué te duele tanto la tripita.

La doctora le mandó unas pruebas a Coral, y ésta se marchó. Coral le dijo a su madre:

-¡Mamá, esta doctora me gusta mucho! Por lo menos no me ha dicho que me duele la tripa de jugar... porque yo ahora no juego tanto.

Pasaron unos días y volvieron a ver a la doctora.

-¡Hola Coral!

-¡Hola doctora!

-Bueno Coral, ya sé qué te pasa...

-¿Sí?- preguntó Coral.

- Sí, te has puesto malita. Tienes una enfermedad, pero tú no te asustes porque yo te voy a mandar a un hospital para que te curen.

Coral no dijo nada, sólo preguntó:

-¿Por qué a mí? Yo soy buena y pequeña.

La doctora le dijo:

- Eso no tiene nada que ver, esta enfermedad también le sale a las sirenas buenas como tú.

Coral y su madre se fueron a casa para decírselo a su familia y amigos. Cuando llegaron a casa, Coral se puso a llorar porque le daba miedo el hospital, pero sus papás le dijeron:

- No llores, porque en el hospital hay mucha gente y nosotros vamos a estar contigo siempre.

Pero Coral les dijo:

-Bueno, espero que sea por poco tiempo.

Sus amigos les dieron su apoyo y dijeron que irían a verla todos los días. Coral se fue nadando muy angustiada, porque no sabía qué le iba a pasar. Coral y su madre nadaban y nadaban ¡Nunca un camino se les había hecho tan largo y pesado! Una vez en el hospital, a Coral le temblaba hasta la última escama de su bonita cola, pero cuando vio cómo salían a recibirla, enseguida se le pasó el miedo.

- ¡Hola Coral! Yo soy la Pescadilla.

-¡Hola, yo soy la Cigala!

Y así, uno tras otro, todo el personal del hospital se presentó. Pero Coral aún se sentía un poco temerosa, porque no sabía lo que iba a pasarle. Pasó el tiempo y Coral empezó a estar un poco más contenta porque todos los días sus amigos la visitaban, aunque estaba molesta porque le pinchaban mucho, le hacían muchas pruebas y a ella le asustaba, pero no decía nada. Ella quería saber por qué estaba tan malita, pues no entendía nada. Sus amigos, para que se olvidara de lo malo, le llevaban muchos regalos. Un día, una amiga le regaló una caracola y le dijo:

-Cuándo estés triste, escúchala por aquí- dijo señalando la caracola- Nos oirás y será como si estuvieras con nosotras.

Coral se sintió muy bien. A la mañana siguiente, la doctora Sardina vino a verla.

-¿Cómo estás?

- ¡Bien!- dijo Coral

- ¿Sabes?, ya tenemos un medicamento para ti, pero te tienes que ir a otro hospital.

Coral se sintió mal, sus ojos se llenaron de lágrimas porque otra vez volvía a sentir miedo.

- No llores- dijo la doctora- que ahora va a venir un doctor muy bueno a conocerte- Cuando lo conozcas te sentirás mejor.

Llegó el doctor Merluza. Coral todavía estaba triste pero el doctor le dijo:

- No estés triste, porque en el hospital nuevo harás más amigos.

El doctor merluza habló con Coral y le contó todo lo que ella quería saber. Pero a ella lo que de verdad le interesaba era cuándo iba a volver a casa. El doctor le dijo que cuando pasara un tiempo.

- Bueno ya me voy, nos vemos en el nuevo hospital.

Coral se quedó pensando en lo que habría en el nuevo hospital. Cuando llegó vio que había muchos anfibios como ella, y entonces se sintió mejor porque comprendió que estar allí era lo mejor para ella. Cuando Coral estaba en su habitación, todos iban a verla para que no se sintiera sola. Un día fueron los psicólogos Calamar y Quisquilla.

- ¡Hola Coral!- dijo Calamar.

- ¡Hola!- respondió Coral, pues quedó bastante impresionada.

- Venimos a verte por si quieres hablar con nosotros para que no te aburras- le dijo Calamar.

Fueron pasando los días y Coral incluso se lo pasaba bien. Cuando podía se iba nadando con su profesora, la Pez Globo que era muy presumida, así podía ver a sus amiguitos los Pulpillos que estaban todos en el Aula Hospitalaria.

De vez en cuando venía el psicólogo Calamar y Coral se lo pasaba muy bien porque hablaban mucho, y él le explicaba cosas que ella no llegaba a comprender. Un día ella le preguntó:

-¿Por que tú no tienes escamas?, ¿es que se te han caído como a mí?

- No, los calamares no tenemos, pero tú no te preocupes porque cuando te cures te volverán a salir.

Y así pasaron los días, porque en el mar también hay días y noches y así, transcurrido el tiempo, un día llegó el doctor Merluza y le dijo a Coral que ya se estaba curando y que ya se podía ir a su casa del arrecife, pero tenía que volver a revisión. A Coral no le importó porque ella era feliz pensando que ya se estaba curando y que volvería a ser como las otras sirenas. Aunque tuviera que seguir luchando no le molestaba porque ahora ya estaba fuera del hospital y aquello era buena señal.

“Aunque no lo parezca esta historia que sucede en el mar, sucede también en todo el mundo y hay siempre una sirena como Coral luchando por salir del hospital en cualquier lugar.”



Ilustración: Laura Cerdán

Mar de Amor

Judith García Alonso. 16 años

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario "Reina Sofía" de Murcia

Era una tarde cálida y sombría cuando Analí, una joven y bella isleña de origen maya, emprendió un romántico paseo en las tibias y dulces aguas de Cozumel, una isla tropical característica por ser uno de los lugares más hermosos conocidos por el hombre, bajo la compañía de su apuesto, inteligente y buen conocido biólogo Hernán Lazcano.

No faltaban muchos días para el nacimiento de su hija. Lo que no se imaginaban es que ése fuera el día. En mitad de las hermosas aguas de Cozumel nació, tras un largo e intenso parto, una bella niña de ojos cristalinos, tez blanca y suave y rostro angelical. La enamorada pareja la llamaría Aymar.

Días después, Hernán se embarcó junto con su mejor amigo, también biólogo, Eliseo Bravo, en una búsqueda rutinaria de nuevas especies marítimas. Pero el destino les tendría preparada una sorpresa mayor. Mientras realizaban la búsqueda, hallaron algo que no esperaban: un inmenso arrecife rodeado de oro maya. Haciendo gala de su ambición, Eliseo pretendía extraer dicho tesoro, pero para lograrlo, era necesario explotar el arrecife, a lo cual Hernán no estaba dispuesto. Él amaba la naturaleza, su profesión y especialmente: el mar, ese mar que lo vio nacer y crecer. Por eso, lo que estaba dispuesto a hacer su amigo atacaba todos sus principios. Tras una larga discusión, Eliseo roció con gasolina la lancha en la que viajaban; y sin pensarlo un segundo, prendió un fósforo y lo arrojó, contemplando las devoradoras llamas que tan rápidamente acabaron con el pequeño bote. Eliseo nadó hacia

una lancha que se encontraba tan sólo a unos metros, empujando a Hernán consigo. El conocido biólogo no podía permitir tal desastre, así que retrocedió hacia la lancha en llamas con la noble esperanza de evitar la destrucción de tan hermoso paisaje natural, pero inmediatamente después de abalanzarse sobre la lancha, ésta explotó, muriendo Hernán casi en el acto. Únicamente tuvo tiempo de decir unas palabras a Eliseo, pues la explosión lo había arrojado prácticamente junto a él. Agonizante, hizo prometerle que cuidaría de Aymar y de su bella esposa Analí para siempre. Tras este último aliento, Hernán murió.

Habían pasado veinte años cuando Aymar ya era toda una mujer: hermosa, inteligente, noble, sensible y apasionada por la biología al igual que su padre; orgullosa a más no poder de sus raíces mayas y de su cultura. Aymar se dedicaba a pasear a los turistas a través de las bellas costas de Cozumel, mostrándoles así todos los paisajes y hermosos lugares. En su tiempo libre ayudaba a su madre con el restaurante a través del cual obtenían buenas ganancias.

Una mañana como otra cualquiera, en la que Aymar disfrutaba de las apacibles y acogedoras calles de su isla, se tropezó accidentalmente con un apuesto joven cayendo uno encima del otro. Sus miradas se intercambiaron y se clavaron profundamente en los ojos del otro. Ambos corazones comenzaron a latir intensamente. Sus cuerpos temblaban ante una fuerza interior desconocida. Tras este intenso momento, se incorporaron al compás del sonido de las gaviotas que revoloteaban sobre ellos. Él era un joven apuesto, de ojos verdes y mirada penetrante, cabello rizado como las olas embravecidas y piel morena y cálida. Su nombre era Nicolás Bravo.

Después de un sinfín de disculpas por el afortunado choque, la joven se ofreció a pasear a Nicolás gratis con su bote. Él aceptó y el día que vivieron sería inolvidable para ambos. En mitad del mar, decidieron lanzarse al agua a bucear y contemplar de cerca las maravillas de la naturaleza de Cozumel. Podían tocar los tropicales peces y sentir el peso del agua sobre sus hombros. El día finalizó con un apasionado beso que les uniría de por vida a través de un inmenso amor. A la mañana siguiente, Aymar le presentó a Nicolás a su mamá, la cual quedó

encantada con el muchacho. El joven acababa de terminar su maestría como abogado en la ciudad de Coatepec, donde él vivía con su familia en una prestigiosa hacienda conocida como El Paraíso. Tenía dos hermanos: uno menor que él, Leonardo, y otro mayor, David. Su madre, María Teresa, lo había abandonado a los pocos años de su nacimiento para irse con un mal hombre. A Nicolás se le ocurrió la brillante idea de llevar a Aymar a El Paraíso para que conociese a toda su familia. Analí, no muy contenta con la idea, aceptó, pues notó de inmediato una gran ilusión reflejada en los verdes ojos de la muchacha. La pareja, inmensamente feliz, salió esa noche a recorrer las calles de Cozumel donde se conocieron, donde el destino les había preparado un sorprendente encuentro que les cambiaría la vida. Sin pensarlo un minuto más, Nicolás le pidió a Aymar que fuera su novia bajo la cristalina luz de las estrellas, y ésta le dio un sí tan rotundo y tan fuerte que a mil kilómetros a la redonda todos se enterarían del inmenso amor que hacía tan sólo un día que había nacido en el noble corazón de Aymar y Nicolás. Pasaron unos días más en la isla, y tras darle la noticia a Analí, la pareja emprendió el rumbo hacia El Paraíso.

Era una clara y calurosa noche cuando Nicolás y Aymar llegaron a la hacienda. Toda la familia estaba reunida en el gran comedor preparada para la cena. El joven, con una sonrisa tan grande que no le permitía mayor espacio en su rostro, pasó primero para anunciarles a todos su noviazgo con una bella joven que había conocido en sus vacaciones en Cozumel. Toda la familia, ansiosa por conocer a la chica, pidió que la hiciera pasar de inmediato. Así lo hizo Aymar, quedando todos anonadados ante tanta belleza. La primera persona que saludó a Aymar fue el padre de Nicolás, Eliseo. El destino se había encargado de poner frente a la joven isleña al hombre responsable de la muerte de su padre, sin saberlo ninguno de los dos. A pesar de ellos, ambos sintieron una extraña sensación en su interior, como si una voz interior les estuviese intentando decir o advertir algo que ellos desconocían. Instantes después, la bella isleña ya había deleitado a la familia Bravo con su mejor sonrisa, clavándose de lleno en el corazón de todos ellos, excepto en el del patriarca.

Los días posteriores destacarían en la vida de Aymar y Nicolás debido a la infinita luminosidad con la que lucían sus corazones. Tanta felicidad no duraría mucho más tiempo.

Parecía un mediodía cualquiera en El Paraíso. Los caballos trotaban por los inmensos campos de la hacienda; unos galopados por trabajadores o por los hermanos Bravo, otros sintiéndose tan libres como el viento. El brillante azul del cielo no permitía espacio a nada que no fuese el radiante y profundo sol que iluminaba las hectáreas ganaderas. En las carreras, los jinetes demostraban sus agallas ante los bravos sementales que caracterizaban a El Paraíso y el río se poblaba una vez más por la fauna y flora del mundo.

Disfrutando una vez más de los besos de Nicolás, Aymar escuchó la voz de Carmelita, la muchacha de servicio más leal y honrada que los Bravo conocieran. Eliseo quería hablar con Aymar. La joven, tras tocar suavemente a la puerta, entró al despacho del patriarca. Éste estaba interesado en conocer más detalles acerca de la mujer que había robado el corazón de su hijo mayor. Únicamente sabía su nombre y su interés profesional. Lo que no se imaginaba era la sorpresa que recibiría al indagar en la vida de la isleña. Los ojos de Eliseo se abrieron salvajemente al escuchar el nombre del padre de la joven y su estado se alteró tanto que, sin ninguna explicación, dio la conversación por terminada para la sorpresa de Aymar. El futuro de El Paraíso y de su familia estaría en peligro si la joven descubriese la relación que hubo entre Hernán y él y lo que realmente provocó su muerte. Sabía que su decisión afectaría profundamente a Nicolás, pero debía separarlos como fuese.

Eliseo le inventó a su hijo mayor que había encontrado a Aymar siéndole infiel con el capataz de su hacienda, lo cual desató la furia de Nicolás. Envuelto en un mar de lágrimas fue a reclamarle a la joven, quien totalmente sorprendida por la atrocidad de la que la estaba haciendo culpable el amor de su vida, le repitió hasta el final que todo era un invento. Indignada por la desconfianza de su amado, decidió regresar a Cozumel, su bella isla donde nunca conoció ese sentimiento que en esos momentos le estaba desgarrando el alma.

Apenas cuatro horas después, Aymar ya le estaba contando al mar

cómo una dicha tan inmensa como la que había sentido días atrás podría convertirse en un instante en una tristeza letal, cómo un mar de amor pudo transformarse en un mar de rencor. Pero ese dolor no era comparable al que la joven sentiría cuando dos de sus amigos, ambos pescadores, le dieron una terrible noticia. Hacía dos días, había sido encontrado el cuerpo de su madre vagando en las aguas del mar. Analí había decidido navegar por su querido mar, pero no se imaginó que se desataría una terrible tormenta inesperada, la cual originó un feroz oleaje que acabó con su vida. Al escuchar esas palabras, Aymar sintió cómo su corazón se le caía a pedazos en un solo momento, preguntándose qué mal había ella cometido para merecer tanta desgracia. Ya no le quedaban más lágrimas, ya no le quedaba el amor, únicamente conservaba su isla y su mar; un mar que de la forma más cruel, le había arrebatado a la mujer más tierna del mundo, la mujer que le había dado la vida. Era en ese mismo mar donde quiso perderse para reunirse con su madre.

Cuando consideró que sus amigos estaban lo suficientemente lejos, Aymar comenzó a caminar lentamente hacia el mar. Éste se encontraba en calma, callado, transparente, sin ferocidad alguna. Al mismo tiempo que el agua comenzaba a alcanzar la cintura de la joven, los recuerdos se agolpaban en su mente; recuerdos de los bellos e inolvidables momentos que vivió con Nicolás en este mismo lugar, en esa isla y ese mar que habían sido testigos de ese profundo amor que marcó sus vidas para siempre; recuerdos de cómo su madre le había inculcado durante toda su vida los valores que habían hecho de Aymar una mujer tan noble y pura, tan alejada del odio y del rencor. Recuerdos de cuanto bien había hecho Analí a lo largo de su vida y de todo el amor que siempre le tenía reservado a aquel que lo necesitase. Aquellas imágenes no habían cesado cuando el suave y dulce cuello de la bella isleña sentía la paz y la tranquilidad del agua del mar. En esos instantes se escuchó una voz que ella conocía muy bien, una voz cálida y romántica que gritaba su nombre desesperadamente. Pero Aymar ya se encontraba bajo las aguas del mar, feneciendo su vida poco a poco. Súbitamente, unos fuertes brazos sostuvieron su cuerpo evitando que continuase hundiéndose bajo el mar, y tan rápido como

su cuerpo le permitió, arrastró a la moribunda joven hasta la orilla, donde, mediante un largo y apasionado beso de amor pudo revivirla, volviendo a ver así esos ojos que lo enloquecieron y esos labios que deseaba volver a besar. El rostro de Nicolás fue lo primero que pudo ver Aymar al reaccionar, a pesar de su estado de debilidad. Su corazón revivió desde ese instante, el color recuperó su lugar en las mejillas de la isleña y el latido inmenso de su corazón permitía detener el tiempo para dar paso a ese bello reencuentro. Su interior gritaba infinitas gracias a Dios por permitirle estar nuevamente en los brazos de Nicolás Bravo, preguntándose todavía por qué estaba él allí.

Todo el mundo había podido darse cuenta del indescriptible sufrimiento que estaba matando a Nicolás. Su padre no fue la excepción. Tras verlo en un estado tan lamentable y sabiendo que todo era su culpa, su corazón dio paso a la bondad y durante unos instantes, la felicidad de su hijo fue más importante que la fortuna de la que era dueño. Fue en ese momento que decidió contarle toda la verdad: que todo había sido un engaño suyo para separarlo de Aymar y por qué lo había hecho. Nicolás le pidió perdón a su eterno amor tantas veces como la fuerza de su corazón se lo permitió. Aymar, haciendo gala de la infinita nobleza que albergaba su corazón, no dudó un solo instante no sólo en perdonarlo, sino también en amarlo sin pensar en nada ni en nadie. Fue entonces cuando sus cuerpos se fundieron el uno en el otro y sus almas se entregaron sin reservas. El momento les fue dominado por una arrebatadora pasión y un profundo amor del que no podrían escapar.

Nicolás le había explicado todo a Aymar, menos una cosa: algo que únicamente le correspondía explicar a Eliseo. Al día siguiente fueron de inmediato a El Paraíso para destapar todo el secreto que estuvo a punto de acabar con el futuro de la joven pareja. Eliseo ya los estaba esperando en su despacho. Apenas vio a entrar a su hijo del brazo de Aymar, le suplicó a éste que los dejase a solas para poder hablar tranquilamente. La joven, totalmente sorprendida todavía por la mentira de su suegro, le reprochó haber atentado contra su relación con Nicolás. Sólo quería respuestas y las obtuvo, sin saber que estas respuestas

le ocasionarían un nuevo y duro golpe. Eliseo, totalmente arrepentido no sólo por haber mentido de esa forma, sino también por haber ocasionado la muerte del padre de Aymar, le pidió perdón una y mil veces. Y fue a través de las palabras de la noble joven como Eliseo pudo descubrir su infinita bondad. Él le había arrebatado a su padre, pero Dios le mandó la mejor madre del mundo; tan buena que únicamente inculcó en su corazón sentimientos puros y nobles, entre los cuales no se encontraba el odio, y por más que Eliseo lo mereciese, ella ni quería ni podía odiarlo. Pero no podía evitar sentir una profunda desilusión; toda la imagen que se había elaborado de un Eliseo valiente, bueno, luchador y triunfante se le había desmoronado en un instante, ya que El Paraíso no se fundó con su esfuerzo sino con el tesoro que su padre había encontrado en su idílica isla, en ese singular arrecife que él destruyó. De esta misma manera se lo hizo saber.

Sería el tiempo el encargado de borrar del corazón de la joven la mala imagen de Eliseo Bravo, así como de conseguir que alcanzasen una relación basada en una bella amistad y confianza. Con el tiempo conseguiría perdonarlo y olvidar todo el pasado, pues el pasado acabado está y lo que importa es el presente.

Después de estar a punto de perderse el uno al otro, Aymar y Nicolás querían unir sus vidas lo antes posible. Había quedado completamente demostrado que su amor había sido creado para resistir cualquier prueba. Consciente de ello, Nicolás organizó una romántica cena frente al río que recorre algunas hectáreas del Paraíso. Aymar lucía más bella que nunca esa noche. Su vestido rojo bañado en finos brillantes, el collar de perlas que iluminaba su cuello y sus ojos de esmeralda hacían al joven Bravo preso de su belleza. Justo a medianoche, Nicolás sacó rápidamente una pequeña cajita de su bolsillo, y abriéndola temblorosamente, pidió matrimonio a la joven, que, bañada en una inmensa sonrisa, aceptó sin pensarlo un solo segundo. La noche acabó con un largo y tórrido beso que volvió a estremecer sus cuerpos de pies a cabeza.

La boda sería en tan sólo dos semanas en el único lugar donde tan bella unión debía ser posible: Cozumel. Allí acudió toda la familia Bra-

vo, la cual se quedó asombrada por la belleza del lugar. El sol brillaba más que nunca el día de la esperada boda. La brisa de Cozumel se sentía más suave y fresca que nunca, las gaviotas revoloteaban como nunca antes lo habían hecho, su gente lucía completamente de blanco para asistir a la ceremonia de tan querida joven en la isla, haciendo gala de su antepasado maya. Sólo la ausencia de Analí empañaba la felicidad de Aymar, pero sabía que desde el cielo la estaría mirando y deseándole la mejor de las dichas. Su madre siempre le había dicho que el día en que la bella joven uniese su vida con el hombre que realmente amase, fuese de donde fuese, ella estaría con Aymar, dedicándole su mejor sonrisa y sus mejores deseos. Ella sentía esa sonrisa y esos deseos, su madre estaba más cerca de ella que nunca, la sentía muy dentro de su corazón y disfrutaba de esa compañía tan especial. En estos pensamientos se encontraba cuando una lágrima asomó por su mejilla. Eliseo entró en este momento para llevar a Aymar, que con ayuda de su cuñada, había quedado impresionantemente bella. Nicolás y toda su familia ya la esperaban frente al mar, donde tendría lugar la ceremonia. Eliseo le deseó lo mejor de este mundo, diciéndole que aunque su verdadero padre no podría estar allí ese día tan especial por culpa suya, podía verlo como un padre y contar siempre con que Eliseo Bravo la apoyaría siempre en todo y ante todos. Tras estas enternecedoras palabras, se dirigieron hacia el mar. A tan solo unos metros de él, Nicolás iluminaba la cálida playa con su mejor sonrisa. El mar se había encargado de lucir sus mejores galas para ese día, nunca antes había permanecido tan en calma. Cuando Aymar ya se encontraba a su lado, comenzó la ceremonia.

Aparentemente fue una boda como cualquier otra, pero todo aquel que pudiese respirar el amor que emanaba por cada uno de los poros de la pareja se daría cuenta que no habría en el mundo una boda con más amor que aquella. Cozumel, su gente, las aves, el cielo, la arena, los Bravo y el mar, donde comenzó esta historia de amor, fueron testigos de aquella unión que sería para siempre. Para siempre



Ilustración: Chelo García-Contreras Martínez

El director del hospital

Luis Arturo Álvarez Guerra. 14 años

Aulas Hospitalarias Complejo Hospitalario "Cristal-Piñoar" de Ourense

Esta historia comienza en un tiempo en el que el hombre vivía en el mar respetando la Naturaleza. Todos menos uno: Egidio Valdemar, el director del hospital submarino que se encontraba casi en el centro del mar. A él acudían pobres y ricos, enfermos o enfermeros, todos menos él, pues no le gustaban nada los enfermos y, menos, debajo del mar. No podía soportar el olor a pescado o las mordeduras de peces.

Solía acudir a su despacho en el hospital en submarino, porque no quería ver a ningún enfermo en urgencias.

Todo hasta aquel día... Ese día era muy especial para el hospital, se celebraba su cincuenta aniversario, así que Egidio tenía que estrechar las manos de todos los pacientes, una cosa que le daba mucho asco. Se notaba demasiado que no le gustaban nada los pacientes a los que visitaba. Varios pacientes se habían molestado porque veían la cara de asco que ponía cuando entraba por las habitaciones. Hasta que llegó a un paciente que era especial. Había sido uno de los mejores presidentes que el mar pudo conceder, era el séptimo presidente de la ciudad. Cuando

Egidio le estrechó la mano, pasó algo terriblemente extraño: cayó en una enfermedad poco frecuente que le sucedía a una de cada dos millones de personas y se contagiaba por el tacto. Todos los doctores acudieron corriendo cuando Egidio se desmayó.

Egidio estuvo en extrema agonía, porque el Lupus Estrupus hacía que las personas se retorcieran hasta romper todos los huesos del cuerpo. Él tuvo que convivir con los demás pacientes para curar su soledad. A los treinta días los doctores encontraron un antídoto para aquella enfermedad tan extraña, le inyectaron el antídoto y en unos diez días le dieron de alta.

Al salir de aquella enfermedad, Egidio aprendió la moraleja: la enfermedad no entiende ni de pobres ni de ricos.

Desde ese día estuvo muy cerca de todos los enfermos y ya no necesitó entrar en submarino al hospital. Unos años después, el presidente le concedió el premio Nobel submarino de la paz.



Ilustración: Ana López Giménez

El secreto del atún

Juan Bautista Correas. 14 años

Aula Hospitalaria Hospital Universitario "Santa M^a del Rosell" de Cartagena

Hola a todos, me llamo Juan y mi mayor afición es la pesca. Mi sueño hasta hace muy poco era pescar una lubina bastante grande, de unos cinco o seis Kilos. Me conformaba con eso.

Un día de esos que uno está superaburrido, pegado a la pantalla del ordenador, sonó el teléfono y era mi tío, que me dijo si quería irme con él a pescar el miércoles. Se trataba de estar durante una o dos semanas en alta mar, hasta que él considerase que había sido una buena pesca. Yo acepté de inmediato y me propuse conseguir mi sueño.

Ya llevábamos tres días en alta mar y la pesca hasta entonces no había sido muy buena, una media de unos cinco o seis peces por día. Yo estaba un poco decepcionado ya que veía muy lejos mi sueño de poder pescar la dichosa lubina. A partir del quinto día la pesca fue más fluida y la verdad empecé a entusiasarme. Pero al sexto día el cielo empezó a ponerse muy negro y el agua estaba picada y decidimos acostarnos y olvidamos recoger las cañas. Bien entrada la noche se desencadenó una gran tormenta, el barco se balanceaba de babor a estribor y empecé a sentirme mareado. Me levanté de la cama y oí cómo mi tío se quejaba del esfuerzo que estaba haciendo: algo había pescado, las cañas estaban dobladas casi por completo y yo decidí

ayudarle. Cuando recogí una de las cañas, con la emoción de pensar que podría ser mi lubina deseada, me llevé una gran decepción: sólo era un zapato viejo, pero para ser sólo un zapato... ¡cómo tiraba el condenado! Sólo quedaba una caña por recoger y de esa se hizo cargo mi tío porque estaba a punto de partirse; lo que había picado tiraba mucho. Como el esfuerzo de mi tío no era bastante yo le eché una mano, pero finalmente la caña se partió y mi tío se cayó al mar. En ese momento el corazón se me salió por la boca, no sabía qué hacer y no le veía salir a la superficie. Creía haber visto una gran sombra negra. Al fin alcancé a ver a mi tío que se acercaba al barco por la proa y me advirtió que lo que había picado era un atún gigante de unos quinientos kilos aproximadamente y que estaba herido y temía que el olor a sangre atrajese a tiburones. Mi tío me dio instrucciones para poder sacarlo del agua y ponerlo a salvo y le tiré el primer salvavidas que pillé a mano. Él se pudo agarrar pero cuando yo lo atraía hacia el barco, el atún le embistió y mi tío se soltó del salvavidas. Yo sólo acerté a echarle un cabo y, por suerte, él se pudo agarrar a la cuerda y pudo subir al barco. Me dijo que se encontraba herido, pero que estaba bien y que cogiese lo que quedaba de la caña e intentase sacar el atún. Con mucho esfuerzo empecé a recoger el sedal y poco a poco el atún se acercaba al barco. Cuando estaba pegado a la borda lo enganché con el bichero y lo sujeté a la grúa del barco. Empecé a subirlo poco a poco y por fin lo tuve a bordo. ¡Era un magnífico ejemplar! Mi tío me dijo que teníamos que abrirle la barriga para limpiarlo de tripas y otros órganos porque al faltar algunos días para regresar a casa tenía que conservarse sin deteriorarse. Al abrirle el estomago, cuál fue mi sorpresa al ver que había un ejemplar de lubina de por lo menos seis kilos que aún estaba vivo. Mi tío me dijo:

– ¡¿Has visto?! Al final te has salido con la tuya. Ya tienes tu trofeo.

Y entonces pusimos rumbo a puerto y regresamos, no sin antes acordar no decir a mis padres la terrible aventura porque eso me habría costado no volver a salir a pescar nunca más.



Ilustración: Carmen Osete Henarejos

Qué es el mar

Vanesa Rodríguez García. 16 años

Aulas Hospitalarias Hospital General Universitario "Gregorio Marañón" de Madrid

Como bien sabe todo el mundo, el mar es considerado un amplio terreno recubierto de agua, en el que habitan seres fantásticos. Podríamos encontrar en él peces de una gran variedad de colores y tamaños, hermosas plantas que adornan el fondo marino, y multitud de bichitos, bacterias y algas que recubren y rellenan el fondo del mar ¿Pero por qué todo son cosas buenas? Parémonos a pensar... cuando tú, o cualquiera, va a darse un bañito en el agua cristalina, se da cuenta que no todo es lo que parece. Por ejemplo: vas a meter la planta del pie en el agua fría y te encuentras una bolsa deteriorada, o una compresa usada, quizás una botella de alcohol que cualquier borrachuzo echó al agua sin darse cuenta... Cómo podéis comprobar, lo más bello no es perfecto.

Sí comparamos el mar con la realidad llegaremos a la conclusión de que el mar es igual que la vida. Las cosas que adornan el suelo marino, los pececillos marinos son la gente buena, luchadora, positiva. Los residuos que ensucian el agua cristalina son aquellas cosas o personas que no van de acuerdo con la sociedad.

En una tarde calurosa, pero que muy calurosa, en pleno agosto, sin ninguna sombra en la que poder sentarse, sin una gota de agua, lo único que tienes a mano es una playa en la que hay mucha gente, en la que, al meterte en el agua, ésta no está muy limpia, hay algunos desperdicios. Pero te terminas metiendo porque tienes tanto calor, tanto agotamiento producido por el sol, que te metes es ese mar revuelto, esquivas todo aquello que está flotando, tropiezas con las piedras, intentas que las colchonetas y balones no te golpeen. Cuando sales del agua te sientes a gusto, fresco, libre. La conclusión sería: la vida es igual que el mar.

La vida que nos ha tocado, se podría dividir en:

- Días, los cuales podrían ser aventuras costosas.
- Semanas: son las batallas que podemos ganar o perder, pero, siempre aprender de ellas.
- Meses: son sucesivas batallas y aventuras que nos han tocado y no podemos cambiar.
- Años: por último, los años son las guerras que has intentado defender y ganar.

No siempre la vida es tranquila y bonita, sino, que también es dura, costosa, dolorosa, difícil, compleja, revuelta.... ¿Por qué? Porque no es lo mismo una vida difícil que una fácil.

En una vida fácil te encontrarías un mar estable, sin problemas, sin experiencias nuevas, sin cambios de humor...Y a la mínima que te encontraras algo que no concordase contigo mismo, te hundirías... te hundirías como una roca pesada y te quedarías alejado de la gente, en lo más hondo...sin asumir que existen los problemas.

Mientras que en una vida difícil existen claramente dos etapas. La etapa de mar revuelto (una época difícil de superar), y la etapa de mar tranquilo (etapa en la que consigues afrontar los problemas y a aceptarlos).

Todas las personas tenemos problemas, más o menos complejos, pero siempre hay problemas. No se puede defender una guerra, una batalla, una aventura (por simple que sea), si no tenemos los utensilios y armas suficientes para enfrentarnos al enemigo que en verdad es esta vida que nos ha tocado.

Como he dicho antes, cuando vas caminando por el mar despacito y de repente te tropiezas con una piedra, a veces puede que te hagas daño, otras puede que te compliquen seguir caminando, otras interrumpen tu camino, y sin embargo otras te producen risas o torpezas.

Pues lo mismo pasa con la vida. Cuando sigues un camino recto, llano, sin nadie que te moleste... ¡Ahí es donde encuentras esa maldita piedra! Esa piedra que no te deja salir adelante, que no sabes si saltarla o rodearla.

A veces las decisiones que uno toma no son las correctas, pero son las que uno mismo decide tomar.

Digamos que tomar una decisión es como subir una montaña. Puede costarte mucho tomarla, por tanto, tienes que subir a la cima con mucho esfuerzo (a veces te rindes a la mitad o justo al llegar a la cima). Hay decisiones tan fáciles, que solo tienes que bajar corriendo la ladera. Las decisiones seguras son aquellas que se toman estando en la cima, de manera firme, segura. Otras veces hay decisiones que son mejor no tomar, entonces te quedas mirando hacia la montaña pero no te sugiere nada.

El día quince de agosto, un día de mucho calor, decides irte de vacaciones a la playa, a tomar el sol y despejarte un poco de la realidad que dejas en tu casa. Por fin llega la hora de bajar a la playita. No hay mucha gente, pues es demasiado tarde y la gente está comiendo. Extiendes la toalla, plantas la sombrilla, te echas protección solar y... ¡directo al agua! En el fondo del mar ves una plataforma, no parece estar muy lejos, y te dispones a ir a ella. Según vas avanzando parece que la plataforma (que estaba cerca) la van moviendo cada vez más lejos.

En ese largo transcurso hay quien decide dejarlo y hundirse; otras personas, sin embargo, siguen adelante, y no sólo llegan, si no que vuelven a la orilla, sintiéndose orgullosos de aquello que han conseguido hacer.

Entonces... ¡llega la gran pregunta! ¿Por qué hay personas que se rinden tan rápido? La respuesta que mejor lo definiría sería: "cada persona es como es; y cada mar es un mar".

Nunca hay que buscar la perfección, pues esta no existe ¿Os imagináis que todo fuera perfecto? Sinceramente, sería un aburrimiento, ya que nunca nos equivocaríamos y nunca aprenderíamos de los errores.

Bueno como iba contando, no todas las personas somos igual de fuertes, ni todos los mares igual de salados. También he de decir que cada uno encuentra distintas piedras por el camino, y no todos saben cómo actuar ante ellas. Unos tiran los problemas, otros se quedan mirándolos. Quizás haya alguno que los intente romper y hay quien permanece sentado ante ellos.

Yo no podría explicar cuál es la mejor opción, pues cada uno tiene sus ideales. Pero personalmente, opino que mirar los pro-

blemas, hundirse en ellos o destruirlos, no es la mejor opción (aunque respete la opinión personal de cada uno).

Siempre he creído que era una persona fuerte y luchadora, y sé que olvidar los problemas es una actitud conformista.

Cuando una situación te hunde, y se agudiza cada vez un poco más, te empiezas a sentir débil, sin fuerzas, sin ánimos, hasta sin ganas de luchar. Y terminas tomando decisiones incorrectas. ¡Al fin y al cabo siempre uno se acaba muriendo!

Pero creo que esta decisión es de cobardes y *miedicas*, y explicaré por qué.

Cuando un niño pequeño está jugando con su balón en el patio del colegio y viene otro más grande a quitarle el balón, el niño pequeño se acobarda, le entra miedo; sin embargo el niño mayor termina con lo que quería: el balón.

Cuando el pequeñajo se lo cuenta a su madre al llegar a casa, la madre le responde:

- Cuéntaselo al profesor.

O también puede decirle:

- Niégate a dárselo, porque, aunque seas pequeño, no quiere decir que seas tonto...Dile que no.

Volviendo al tema de antes, cuando el enfrentarse a una situación te acobarda o te da miedo... ¡Es ahí donde hay que actuar!

El miedo es sentimiento de culpa y la cobardía denota inferioridad. Y ninguna persona es inferior al resto de los demás.

Muchas veces es difícil enfrentarse a aquello que nos duele

o nos agobia; pero como he dicho, después de un mar revuelto, comienza un mar tranquilo y estable.

Yo animo a todas aquellas personas a nadar en su mar, aunque sea a contracorriente. Puedes clavarte mil y una piedras... pero también encontrarás muchísimos pececitos de colores, los cuales, pintarán tus días negros o también los blancos. Y si ves que tú solo no puedes navegar en la barca, únete siempre al de al lado, porque te estará esperando o te echará una mano para poder saltar aquella piedra que llevas clavada en el alma.

¡NUNCA UNA PERSONA ESTÁ SOLA EN EL MAR!



Ilustración: Eva Pollato Aledo

Quiero salir con mis amigos

Marta Araujo Lorenzo. 14 años

Aulas Hospitalarias Complejo Hospitalario "Cristal-Piñoar" de Ourense

Jueves, 14 de Julio 21:15

Querido diario:

Mis padres no me entienden. Hoy mi mejor amiga me ha invitado a ir con ella y con sus amigos a la playa y¡No me dejan ir!

Dicen que soy muy pequeña y que me puede pasar algo malo, pero es que ya tengo quince años.

Además también va a ir Jorge.

Ya se me ocurrirá algo. Tengo que ir sea como sea.

Viernes, 15 de Julio 21:00

Hola:

Mis padres siguen sin cambiar de opinión, pero ya sé lo que voy a hacer: hoy me escapo de casa. Mientras mis padres duermen yo bajaré a la cocina y saldré por la ventana, pues la puerta chirría mucho y se despertarían.

Viernes, 15 de Julio 22:30

Ya estoy fuera, Rocío y sus amigos me están esperando. Cogemos el autobús. El conductor está muy serio y me manda sentar

en la zona trasera. Rocío se sienta conmigo y empezamos a charlar. Ella me cuenta que sus padres tienen un piso cerca de la playa a la que vamos, y que le han dejado las llaves para que podamos dormir en un lugar seguro.

Tengo mucho sueño, así que me echo una cabezadita.

Sábado, 16 de Julio 10:26

Ya estamos en la playa. Rocío y yo colocamos las toallas en la arena y nos tumbamos en ellas, mientras los demás corren hacia el mar. Jorge, antes de meterse me pregunta por qué no voy con él. Yo le digo que no me apetece, pero en realidad no me meto porque no sé nadar.

De repente salen del mar y vienen hacia mí. Me cogen en brazos y empiezan a correr ¡Me quieren meter en el mar! Les digo que me suelten, que me dejen.... Pero no me hacen caso. Ya siento el agua fría cubriendo mis pies, pero ellos avanzan hacia una zona mucho más profunda.

Me acaban de tirar, siento el agua fría cubriendo todo mi cuerpo. Me hundo. Intento salir a la superficie pero no lo consigo.

El fondo del mar está lleno de rocas. Cuando llego a él, mi cabeza se golpea fuertemente con una roca. Quedo inconsciente.

Martes, 19-de Julio

Abro los ojos, a mi alrededor están mamá y papá, también Rocío, Jorge... y un señor vestido con una bata blanca.

Mi madre me abraza fuertemente, parece asustada. Mi padre en cambio está furioso.

No me acuerdo de nada. Le pido a mi madre que me lo explique pero me mira mal. Mis padres le piden a Rocío que me lo diga. En cuanto me empieza a contar, yo comienzo a recordarlo todo:

-Estábamos en la playa, los chicos te cogieron y te tiraron al mar. En cuanto lo hicieron te empezaste a hundir. No sabíamos lo que pasaba. Pensábamos que era una broma, pero aún así Jorge se sumergió para cogerte. Cuando volviste a la superficie descubrimos que estabas inconsciente. Entonces te trajimos aquí, al hospital. No te despertaste hasta hoy.

Cuando acabó de hablar recordé que me había escapado de casa, por eso mis padres estaban tan enfadados.

Miércoles, 20 de Julio

Me acaban de dar el alta. Al llegar a casa fui a mi habitación sin decir nada.

Al cabo de un rato, subió mi madre y me preguntó por qué me escapé. Le digo que nunca me dejan salir con mis amigos, que ya soy mayor, responsable y capaz de cuidarme sola.

Nos quedamos pensativas. Mi madre fue la primera en reaccionar, y me dijo:

-Vamos a hacer un trato: te vamos a dejar salir más pero tú a cambio no nos puedes engañar, y cuando te moleste algo, dilo.

-Está bien mamá. Gracias por todo.



Ilustración: Diana Escribano Henarejos

La emigración

Rajae Mali. 14 años

Aula Hospitalaria Hospital Universitario "Santa M^a del Rosell" de Cartagena

Bueno, esta historia que yo voy a escribir es la verdadera historia de mi padre. Voy a contar cuando emigró de Marruecos a España.

Mi padre pasó dos meses en las montañas de Tánger y sufrió mucho, pasando hambre y frío en invierno. Por las noches dormía en las montañas.

Hasta que llegó un día en que tuvo que pasar la mar, primero en patera y después, nadando hasta llegar a España. En patera estuvo tres días en la mar. Después llegó nadando hasta la playa de Cádiz. Luego pasó una semana caminando por todas las montañas andaluzas sin comida y sin bebida, solamente bebía agua sucia del río, hasta que llegó a la región de Murcia.

Hoy gracias a Dios tiene papeles y tiene derechos como todos los inmigrantes.

Y ya nos pudo traer a nosotros también y gracias a Dios vivimos bien con él en España..



Ilustración: Aurora Marsilla Quesada

Medicina alternativa

Donna Perla Salama Salama. 16 años

Aulas Hospitalarias Hospital Infantil “Niño Jesús” de Madrid

“El mar. La mar. El mar. Sólo la mar...”

Los versos de Alberti revoloteaban en su cabeza desde hacía ya más de veinte años, desde que se diera cuenta de que no quería tener nada que ver con esa humanidad que gobernaba el planeta, que a sus ojos se mostraba insolente y cruel. Su razonamiento era sencillo: no quería pertenecer a la sociedad. Le llenaba de ira la idea de ser un borrego más en esa masa de mentiras y apariencias en la que la discriminación social formaba parte del proceso habitual contra aquellas personas que, como él, se alejaban en algún aspecto de lo estipulado de antemano –sin consulta ni aviso- por *los de arriba*.

Contaba con poca edad cuando ya le invadía esa angustiada sensación de encontrarse continuamente fuera de lugar, de no pertenecer a ningún grupo ni rama social, y muy pronto, quizá demasiado, tomó conciencia de que nunca sería capaz de llevar esa vida calificada como “normal”, en la que él seguía viendo solamente hipocresía y mediocridad.

Día tras día, las calles de Madrid, su ciudad natal, alimentaban ese sentimiento de profunda decepción hacia todo lo que le rodeaba, pro-

vocándole una especie de náusea continua desde la que no atisbaba esperanza alguna de progreso. Pero lo que él deseaba no era hacer las paces con el mundo y entablar amistad con su entorno para vivir al fin tranquilo y libre. No, Alberto simple y llanamente no estaba dispuesto a aceptar esa vida. Nunca. Asombraba su seguridad al respecto, no tenía ninguna duda. De hecho, más de una vez –en realidad más de cinco y más de diez- pensó que preferiría abandonar una existencia carente de sentido antes que verse obligado a formar parte de ella. Lo que acababa sucediendo en todas esas ocasiones es que le vencía la curiosidad. Por dentro esperaba secretamente -y con casi una malvada expectación- un terrible desenlace de dimensiones mundiales. Algunas noches imaginaba la destrucción de todo eso que la arrogancia humana había construido, imagen que se convertía en sueño cuando se quedaba dormido y seguía su curso. Luego se despertaba contento y reía entre dientes. Esa esperanza, por muy paradójico que pueda resultar, tenía mucho que ver con el hecho de que siguiera con vida. Sabía que tarde o temprano tanto veneno tendría que explotar, y deseaba estar allí para verlo.

Por otro lado, sin haber tan siquiera cumplido los veintiún años, ya se hallaba completamente aislado y apenas pronunciaba las palabras estrictamente necesarias para una comunicación mínimamente viable. Esperó tres años más con el fin de reunir el dinero suficiente para cubrir su huída y los gastos que ésta, una vez en el lugar de destino, requeriría. Odiaba depender del dinero, esa cadena irrompible e injustamente poderosa que reinaba sobre todas las cosas, pero era consciente de que, en los tiempos que él vivía, no era posible otro modo de supervivencia. Se trataba de algo inevitable. Así que en su trabajo permanecía totalmente callado, limitándose a cumplir con sus obligaciones mientras se sumía en densas cavilaciones sobre su todavía incierto futuro. Sin embargo, esta incertidumbre iba descendiendo conforme sus visitas a la Biblioteca Nacional aumentaban. Allí estudiaba dete-

nidamente varios atlas y se documentaba sobre los poblados de las zonas que más le interesaban y sus culturas y costumbres. Fueron, no obstante, años muy difíciles (saltémonos su tortuosa adolescencia), en los que vivió un presente sin ilusiones ni motivación alguna, con la única esperanza de un futuro que le impacientaba cada vez más.

Sus escasos y cortos paseos –resulta inevitable moverse en una gran ciudad, por poco que sea-, sólo servían para hacerle tomar más consciencia de lo envilecida que estaba la sociedad, vileza que, cuando le salpicaba, le alteraba hasta el punto de no poder reprimir ciertos impulsos como, por ejemplo, gritar como un loco borracho en medio de la calle y asustar a los ciudadanos que por ahí pasaban. Más de una vez fue detenido por escándalo público, aunque eran asuntos de poca importancia y quedaba absuelto enseguida.

Ahora, sentado en su hamaca de mimbre, recordaba todos estos episodios y altercados acontecidos hacía ya tantos años. Estaba satisfecho de cómo le había salido la jugada: había encontrado un rinconcito en la isla de Lombok, en Indonesia, a poco más de dos horas de la más conocida isla de Singapur. Se trataba de un lugar extremadamente tranquilo, habitado por gente de piel morena y ojos de un color miel brillante, que transmitían calma con la mirada. Resultaba increíble que ese pequeño paraíso estuviera, inevitablemente, dentro de eso que llamaban ‘mundo’. Era tan diferente... La gente allí no buscaba nada, era conformista con lo que la naturaleza les daba y amaba y agradecía a su Dios por simplemente existir. Alberto siempre había estado en contra de todo lo que a la religión se refiere, la consideraba un motivo más del separatismo y la guerra continua de los humanos. Pero allí en Lindur, en ese pequeño poblado, no le importaba en absoluto. Incluso le fascinaba esa grandiosa devoción que no hacía daño a nadie. Quizás pesara también el hecho de que aquel Dios no era un Dios normal: el Dios allí era el Mar.

Los lindurenses se reunían en la orilla cada mañana a las seis, al amanecer, y a las ocho, en el ocaso, rodeando la isla por sus costas y llenándola de cánticos de agradecimiento y amor. El mar, el mar era todo lo que importaba. Jamás se pudo ver por alguna de esas costas ningún barco ni nada parecido, pues les aterrorizaba la idea de contaminar la fuente de todas sus fuerzas y energías.

Alberto tardó poco en entender –aunque no sin esfuerzo– esa adoración tan implacable. Muy pocas semanas después de su llegada a la isla, tras haberse hecho ya con algunas de sus costumbres y sin haber apenas cruzado un par de palabras (el silencio resultaba casi necesario), empezó a vislumbrar esa salida que siempre se le había antojado tan imposible. El mar comenzaba a llenar esos vacíos que le habían herido tanto durante su crecimiento en Madrid, el sonido de su movimiento acariciaba sus oídos haciendo que sobrara cualquier otro. Por fin empezaba a sentir cosas diferentes, las miradas hacia la playa desde su bungalow, en la misma arena, iban disminuyendo el veneno considerablemente y su angustia menguaba cuando por las noches le adormecía, en vez de la marea de coches, la marea de verdad. Por las mañanas, antes de desayunar, se sumergía en el agua y nadaba durante casi dos horas. Si se encontraba con alguien se sonreían, comprendiendo que sus necesidades eran comunes y que ambos iban allí a curar sus heridas de cristal. El mar parecía poseer el don de embellecer todo lo que escondía algún resto de tristeza o de nostalgia.

Poco a poco, Alberto iba notando cómo su enfado con lo circundante desaparecía y, además, sin dejar ningún rastro. La marea le había traído una nueva vida, una que sí aceptaba y que deseaba conservar hasta su último día. Comprendió entonces que había encontrado esa –antes tan inverosímil– solución: el mar le había otorgado la paz que nunca había creído poder conocer.



Ilustración: M^a José Muñoz Revuelta

Aulas Hospitalarias participantes en el III Certamen de Relatos “En mi verso soy libre”

CANTABRIA

Aulas Hospitalarias Hospital Universitario “Marqués de Valdecilla” de Santander

CANARIAS

Aulas Hospitalarias Complejo Hospitalario Insular Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

CATALUÑA

Aula Hospitalaria Hospital Clínic de Barcelona

GALICIA

Aulas Hospitalarias Complejo Hospitalario “Cristal-Piñoar” de Orense

Aulas Hospitalarias Hospital Xeral-Cíes de Vigo

MADRID

Aulas Hospitalarias Hospital de Fuenlabrada

Aulas Hospitalarias Hospital Infantil “Niño Jesús” de Madrid

Aulas Hospitalarias Fundación Hospital de Alcorcón

Aulas Hospitalarias Hospital “Ramon y Cajal” de Madrid

Aulas Hospitalarias Hospital General Universitario de Móstoles

Aulas Hospitalarias Hospital General Universitario “Gregorio Marañón” de Madrid

MURCIA

Aula Hospitalaria Hospital Universitario “Virgen de la Arrixaca” de Murcia

Aula Hospitalaria Hospital Universitario “Santa M^a del Rosell” de Cartagena

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario “Morales Meseguer” de Murcia

Aula Hospitalaria Hospital General Universitario “Reina Sofía” de Murcia

NAVARRA

Aulas Hospitalarias Clínica Universitaria de Navarra

